

## Conversación en Pamplona con Bruno Neveu

Enrique DE LA LAMA

Conocí a Bruno Neveu a través de las páginas de un libro suyo, publicado en Nápoles en 1993. *L'erreur et son juge*, se titulaba. «El error y su juez» —decimos en román paladino—. El subtítulo anunciaba modestamente que se trataba de «subrayados sobre las censuras doctrinales en la época moderna». «O sea —pensé yo— que se trata de un libro erudito que seguramente contiene muchas utilidades para comprender el intrincado oficio de los calificadores inquisitoriales». Y con esta curiosidad me puse a leer. Al avanzar en sus páginas comprendí que era mucho más que lo que el título anunciaba. Aquello era una faceta de la Historia de la Iglesia nunca puesta al sol hasta el momento. Importante y actual. El Santo Padre, por cierto, ya había hablado de la «purificación de la memoria histórica»: y como no creo que exista mejor purificación de la memoria que la verdad limpia de acritud, entera y sin necias omisiones, me sentí bien pagado con su lectura y concebí el deseo de conocer personalmente al prof. Neveu. Aún habría yo de esperar algún tiempo. Al fin, me trajo noticias suyas el prof. José Luis Illanes a la vuelta del *Simposio sobre las Inquisiciones* que se celebró en Roma en 1998. Y luego, un año más tarde —bien recientemente, por tanto— comenzó nuestra relación epistolar, que, de formal y señorilmente distante, pasó luego a ser afectuosa y fraterna. Así fue el proceso de este encuentro y de esta amistad<sup>1</sup>.

---

1. Bruno Charles Neveu, nacido en Grenoble (Isère) el 4 de noviembre de 1936. Hijo de Mr. Charles Neveu, de profesión ingeniero consejero (ingenieur-conseil) y de Mme. Simone-Odetta Menin (nombre de soltera). Es Doctor en Letras, Doctor en Derecho, Master of Arts por la Universidad de Oxford, Archivista Paleógrafo, Diplomado Superior por la *École Pratique des Hautes Études* (ciencias religiosas, ciencias históricas y filológicas). Entre otros méritos cabe señalar que ha sido becario de la Fundación Thiers de 1963 a 1966, Chargé de la recherche scientifique (CNSR) en misión en Roma de 1969 a 1973, Director de Estudios en la sección de Ciencias Históricas y Filológicas de *l'École Pratique des Hautes Études* desde 1973, Director de la *Maison Française d'Oxford* desde 1981 a 1984, miembro de la *Commission des Archives Diplomatiques du Ministère des Affaires Etrangères* desde 1981, miembro de la *Commission des travaux historiques de la Ville de Paris* desde 1982, Presidente de la *Commission d'Histoire des Archives de France* desde 1996, Presidente de la *Commission Internationale pour la publication des sources de l'Histoire Européenne* desde 1998, Président de *l'École Pratique des Hautes Études* desde 1994 a 1998, actualmente Director Honorario. Entre sus publicaciones figuran *Un his-*

Hoy es ya el día siguiente a la conclusión del XXI Simposio Internacional de Teología que se ha celebrado en nuestra Facultad del 3 al 5 de mayo. Día sonriente, como son muchas veces los de la caprichosa primavera de Pamplona. Nos hallamos en el Seminario de Historia de la Iglesia. Bruno Neveu es sereno —siempre le he visto así— y respira una bonomía sensible: ¿acaso es el talante inducido a través de su experiencia de la Corte Romana? Ciertamente, no. Es talante de fondo. En todo caso aquí está ante mí el profesor de la Sorbona, investigador incansable.

### *Vocación científica*

**Pregunta.** Profesor Neveu. Lo mejor será empezar por el principio. ¿Cuándo comenzó su vocación científica? ¿Fue desde la misma infancia, tal vez? ¿Cuál es el enigma de un nombre como Bruno, que yo diría que —aquí en España— no suena a francés? Algo sobre sus recuerdos de infancia.

**Respuesta.** Llevo el nombre de Bruno, que actualmente en Francia comienza a ser bastante usado, pero que no lo era hace sesenta años. Mi nombre está ligado al Santo y a la Cartuja, a la Grande Chartreuse, monasterio central de la Orden, que se halla no muchos kilómetros al norte de Grenoble. Mis padres decidieron ponerme el nombre de Bruno en honor de su santo Patrón, a quien yo no puedo imitar —ni lo sueño—, puesto que su vocación es el silencio, el más maravilloso silencio..., y yo no sería capaz de observarlo. Es verdad... Yo conozco un poco la historia de la Orden de la Chartreuse, que es muy bella y muy original. Me siento afectivamente ligado a esa figura de santidad y a su familia eclesial. Pero... ¿qué más decir? Mi infancia y mi adolescencia, honradamente hablando, no tienen nada de particular, nada verdaderamente sobresaliente: han sido totalmente ordinarias, sin pormenores, sin pequeñas hazañas que merezcan algún subrayado. En realidad mi vida se entrelaza muy estrechamente con mis investigaciones y mis estudios —lo mismo que le pasa a todo el mundo, sean buenos o mejores o...menos buenos...—.

**P.** ¿Sus padres?

**R.** Mi padre era ingeniero, especialista en sederías, que son industria muy importante en esta región de Guyena, del Delfinado; mi madre era..., no tenía una actividad estrictamente profesional, pintaba ... era artista. Había mucha paz en mi hogar natal. No es extraño, por lo demás: soy hijo único. Pero... insisto una vez más que mi educación fue completamente corriente, con las dificultades de la guerra —eso sí—, que se hacían notar

---

*torien à l'École de Port Royal: Sébastien Le Nain de Tillemont (1637-1698)*, La Haye 1966; *Correspondance du Nonce en France Angelo Ranuzzi (1683-1689)*, 2 vols., Rome, 1973; *L'Erreur et son Juge. Remarques sur les censures doctrinales à l'époque moderne*, Napoli 1993; *Erudition et Religion au XVIIe. et XVIIIe. Siècles*, Paris 1994; *Les Facultés de Théologie de l'Université de France, 1808-1885*, Paris 1998. Es Doctor «Honoris Causa» por la *King's College University* (Canada), y ha recibido premios de diversas prestigiosas Academias, como la *Académie Française* o la de *Sciences Morales et Politiques*.

mucho en aquella región de los Alpes; se hacía presente toda la resistencia contra los alemanes, que en aquel momento eran un país muy peligroso. Yo recuerdo haber visto primero a los italianos que nos ocuparon y luego a los alemanes. Pero mi familia no sufrió particularmente a causa de la guerra. Yo entré, tras haber frecuentado una pequeña escuela privada católica donde recibí la enseñanza elemental, entré, digo, en el Liceo del Estado, un gran Liceo de Grenoble, mi ciudad natal, donde hice mis estudios como se hacían entonces; puesto que nací en 1936, empecé la enseñanza secundaria hacia 1946. Los estudios eran, como imagino yo que eran también en España, muy clásicos: latín, griego, matemáticas, historia. Me gustaron aquellos estudios. Recuerdo a mis profesores. Sí: tal vez sea digno de notar que en aquel momento, en aquella época, los profesores de secundaria eran hombres, no mujeres, ya que no existía el actual planteamiento de liceos mixtos. Los profesores eran hombres responsables, capaces de explicar también textos religiosos —o de color religioso— como páginas de un Montaigne o un Pascal, o un Rousseau... Cuestiones religiosas, en las que se movían con verdadera competencia. Lo digo con total imparcialidad. Había, por cierto, también un capellán, que era un hombre distinguido, muy discreto pero válido —que se hacía presente, quiero decir—. Era enseñanza laica, pero no se puede decir que fuese antirreligiosa; más bien lo contrario. Estaba bien concebida. Mi colegio era del Estado; pero en este tipo de establecimientos, de escuelas, había y hay siempre un capellán católico —o, también, protestante o judío, según lo que cada familia deseara o desee para su hijo—. Pienso que la experiencia del Liceo fue para mí muy importante, para mi porvenir quiero decir.

**P.** Viven ustedes bajo un régimen particular y difícil de entender para los que no somos franceses.

**R.** Sí. En Francia, vivimos en un régimen que yo llamaría de doble velocidad desde el punto de vista de la enseñanza superior, es decir, que tenemos de una parte las Universidades y de otra las grandes Escuelas, los grandes establecimientos. Esto viene de atrás, aguas arriba de nuestra historia. Cuando la Revolución, en 1793, las universidades fueron suprimidas y durante cinco o seis años se vivió bajo un firmamento de ilusión libertaria, anarquista, extravagante; es decir, que todo establecimiento docente había sido suprimido. En teoría se hubiera debido (aunque no se hubiera podido, bien se comprende) llegar a ser médico o abogado sin haber hecho unos estudios oficiales. Claro: inmediatamente se dieron cuenta de que era de todo punto quimérico, y la Convención y el Directorio tuvieron que admitir Escuelas centrales y grandes establecimientos; pero no quisieron restablecer las universidades, que, a su entender, estaban ligadas al «Ancien Régime». Así pues, se creó el *Conservatoire National des Arts et Métiers*, las Escuelas de lenguas orientales, la Escuela politécnica y la famosa *École militaire et scientifique* y la *École de ponts et chaussées*. Fue Napoleón, en 1806 y 1808, quien restableció las universidades; pero aquellos grandes establecimientos de enseñanza superior fundados durante la precedente Revolución subsistieron e, incluso, se les añadieron otros nuevos.

**P.** ¿Y así, tal cual, sigue siendo en Francia todavía hoy?

**R.** Sí, por supuesto. Bueno, para no exagerar, esto no es así en la carrera de Medicina, para la que no hay más que una Facultad. Ni tampoco para la carrera de Derecho. Pero, en general, para las Ciencias y para las Humanidades es preciso reconocer que quienes están mejor dotados —o también aquellos que, por posición familiar, tienen las condiciones

sociales o económicas que les dan acceso a esta posibilidad— pasan por las grandes Escuelas; mientras que los que son —por decirlo así— menos dotados por la diosa Fortuna se contentan estudiando en las universidades. Y esto afecta a todo lo largo de la carrera de suerte que quienes han salido de la Universidad —y son a veces estudiosos de nota, ciertamente señalados— han de cargar sin embargo con una especie de cruz por el hecho de que ellos no han salido de la famosa Escuela Normal Superior o de la famosa Escuela Politécnica o de la famosa Escuela de Ciencias Políticas o, incluso, de la actual famosa Escuela Nacional de Administración. Por tanto, esa Francia que se gloria de ser un país democrático, es en realidad un país de privilegio, de aristocracia, puesto que vivimos en este doble sistema. Hay que reconocer que los mejores —socialmente hablando— se demuestran también con frecuencia como mejores en el terreno intelectual; pero eso tiene una explicación: aquellos que han sido mejor preparados socialmente se dirigen a estas grandes Escuelas, a las que se ingresa por concurso. He aquí la gran diferencia: a la universidad se accede sin concurso, con el diploma de bachillerato. En estas grandes Escuelas se entra por un concurso extremadamente difícil: por ejemplo, puede haber 300 candidatos para 7 u 8 plazas. Son, por tanto, concursos de élite. Entonces aquellos que han pasado por estas grandes Escuelas quedan evidentemente mejor situados y tienen la vida más fácil para el porvenir.

En cuanto a mí, yo hubiera querido hacer mis estudios en una gran Escuela, pero por razones de prudencia y también de salud —sea lo que fuere de mis facilidades y destrezas— tuve que comenzar por ir a la Universidad en Grenoble, que es una buena universidad de provincia. Allí realicé los estudios en la Facultad de Letras. Y eso fue muy importante, creo yo, para mi historia personal: estudié no Historia, sino Letras Clásicas: griego, latín, filología, historia de textos. Formación grecolatina esencialmente. Y, en cierto modo, permanezco siempre fiel a esta formación: en primer lugar, porque esto me permite el acceso a los textos latinos —incluso teniendo en cuenta que el latín de los siglos XVII y XVIII, como bien sabemos, es en ciertos aspectos más difícil—. En definitiva, gracias a la formación clásica grecolatina me ha resultado más fácil el acceso a toda un área de documentación moderna. Porque no fue sólo el latín; también el griego, tan útil para la patología. En fin, que hice cinco años de estudios clásicos y solamente después me trasladé a París, donde saqué el concurso para una gran Escuela, bastante especial por cierto, de la que no se habla mucho porque es un tanto marginal: me refiero a *l'École des Chartes*.

### *L'École des Chartes*

**P.** Hable sobre *l'École des Chartes*, por favor.

**R.** *L'École des Chartes* se fundó en 1823 —o sea, que no fue fundada por Napoleón, sino por Luis XVIII bajo la Restauración— e intentaba responder a los nuevos intereses y curiosidades en torno a la época medieval: por eso, la atención de *l'École des Chartes* más bien se concentra sobre el latín de la Edad Media. Se aprende allí paleografía latina, diplomática de las actas medievales, filología románica, diferentes lenguas románicas de la antigua Francia, archivística, bibliografía general y biblioteconomía, arquitectura y arqueología, historia del arte de la Edad Media, derecho civil y canónico de la Edad Media y otras

cosas más. Y así, esta escuela es una institución bastante austera en la medida en que allí no se estudia Historia propiamente hablando: no se estudian acontecimientos, sino siempre técnicas. Es una escuela totalmente técnica dedicada a las ciencias auxiliares de la Historia —la sigilografía, por ejemplo, o la heráldica— de modo que el objetivo ideal de quienes recorren el «currículum» completo sería poder descubrir e identificar los documentos mediante la ciencia de la catalogación, saberlos leer y comprender con las claves de interpretación que brinda la filología, editarlos de acuerdo con las reglas de la diplomática y con todas las reglas de computación cronológica y de conocimiento de los calendarios, resolver los problemas de datación, comentarlos desde el punto de vista jurídico y literario... Es pues una escuela exigente, con un «currículum» de cuatro años que culmina en una tesis: tal vez no siempre se exija una gran tesis, pero sí debe ser, en general, un trabajo de buen nivel que casi siempre se hace al filo de los textos. Eso requiere un notable dominio previo. Es, por tanto, una escuela del documento. También se puede afirmar que es una escuela muy positivista —en el viejo sentido alemán del siglo XIX—, escuela de alta erudición, donde se aprende a desconfiar de los sistemas —se dice en el ambiente— y a atenerse al texto que está allí ante los ojos. El documento está allí presente, y se han visto ya multitud de documentos o —incluso— todos los documentos concernientes. Es, por tanto, una escuela ascética en algún sentido, que hace mucho bien para la formación. Al mismo tiempo hay que advertir que es una escuela muy pequeña, es decir, que no hay más que 20 ó 25 alumnos cada año. Por cierto, cuando uno sale, recibe un título un poco extraño: el de «archivista paleógrafo», que se abre a las carreras de bibliotecas, de archivos, de música o eventualmente para algunos que lo desean, también de la investigación científica o, tal vez, de la enseñanza superior. Tengo que decir, por otra parte, que la escuela a justo —o a menos justo— título pasa por ser muy tradicional. Muy tradicional... en su estilo.

**P.** No podía menos de ser así. Como que es de orientación medievalista...

**R.** Evidentemente. Tradicional, en razón de las cuestiones que en ella se estudian. Pero también porque desde siempre en *l'École des Chartes* ha habido —tanto entre los alumnos como también entre los profesores— abundante presencia de católicos practicantes y convencidos y es una escuela en la que hay proporcionalmente muchas vocaciones religiosas.

**P.** Eso significa un aprecio a los valores morales y epistemológicos contrastados por la «Sapientia perennis». El frescor juvenil es atractivo; pero las esencias se guardan en los libros y en los documentos. Usted lo ha sugerido muy bien en una página de su libro *L'erreur et son juge*, comentando un hermoso tópico de los pintores post-tridentinos: «Una escena libresca por excelencia, Jesús entre los doctores. El Verbo, revestido de su sola infancia, hace palidecer la alta ciencia de los viejos maestros que se apoyan sobre los *volumina* y los *codices*. Pero —puntualiza Usted inmediatamente— se trata de una consumación; no de la abolición de la letra... Una Iglesia nacida de la Palabra —que debe transmitir oralmente de generación en generación, sin pérdida ni alteración, la *fides ex auditu*— se plasma en la lectura». Son siempre complementarias la tradición y la renovación, la *veterum sapientia* y la juventud que encarna el prestigio de la *actualidad*.

**R.** Sí. Eso es un aspecto importante de la cuestión a que me refiero. Porque, efectivamente, hay bastante gente joven —chicos y chicas—. Con la evolución social, desde los

«años noventa» la Escuela está abierta de par en par a las estudiantes hasta el punto en que se puede decir que está «feminizada»: incluso, que está «totalmente feminizada»; la verdad es que el tipo de estudios se adapta muy bien a la idiosincrasia femenina. Hay muchas jóvenes estudiando allí. Pero también, por qué no decirlo, la seriedad de los estudios favorece el clima... contemplativo. De hecho, hay bastantes que han ingresado en órdenes contemplativas: benedictinas, cistercienses, religiosas del Sacré Coeur. Tenemos también sacerdotes y, entre ellos, tenemos dos obispos Mgr Brincart<sup>2</sup>, que es obispo de Puy, y Mgr De Germiny<sup>3</sup>, que es obispo de Blois —la diócesis de Grégoire—. Así pues, la Escuela se abre —como ya he dicho— a trabajos de historia religiosa medieval. Aunque también a otros de época moderna. Lo cual es un verdadero privilegio.

**P.** Creo que puede ser un buen ambiente para que jóvenes profesores se formen en la investigación sobre temas históricos de la Iglesia de un modo exigente.

**R.** Sí, por cierto. De hecho, en la Escuela se ha trabajado mucho en Historia de la Iglesia. Creo que es un elemento importante a subrayar, que es un lugar donde se cultiva este tipo de investigaciones. Yo lo conozco bien por experiencia, puesto que seguí la escolaridad de *l'École des Chartes*, y comprobé que tiene un nivel exigente: hay que leer mucho —todas las tardes, recuerdo, las pasaba leyendo—; es preciso reflexionar, asimilar lo leído; manuscritos siempre más difíciles: allí estaban entre nuestras tareas los famosos manuscritos sobre papiro de las épocas visigótica y merovingia, que suponían siempre un reto y contribuían decisivamente a desarrollar la intuición necesaria al paleógrafo, al diplomata, al arqueólogo, al historiador. Por aquella misma época, seguía cursos en la Sorbona —es decir, en la Facultad de Letras de la Universidad de París, que en aquel momento todavía no había sido dividida en las varias universidades que se han desarrollado posteriormente—.

**P.** ¿Cuántos años tenía usted entonces? ¿Unos treinta?

**R.** Menos que eso. Aproximadamente... entre 23 y 28 años. Pues, sí. Por tanto... iba diciendo que seguí por entonces en la Sorbona, los cursos de un gran profesor de Historia de la Filosofía —a la que yo siempre había sido muy aficionado—. Él fue mi maestro a

---

2. Mgr Henri Brincart, de los Canónigos regulares de San Agustín (Congregación Vindesemense-Victorina) es obispo de Le Puy-en-Velay, sufragánea de Bourges. Nació en Savennières (dióc. de Angers) el 18 de noviembre de 1939. Recibió la ordenación presbiteral el 23 de agosto de 1975, fue elegido para el episcopado el 8 de agosto de 1988 y consagrado el 2 de octubre del mismo año. Nótese que la ordenación sacerdotal fue algún tanto tardía. Cfr. *Anuario Pontificio*. 2000, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2000, 412.

3. Maurice Le Bègue de Germiny es obispo de Blois, sufragánea de Bourges. Nacido en Saint-Maurice-du-Désert (dióc. De Sées) el 23 de noviembre de 1939. Recibió la ordenación presbiteral el 29 de junio de 1974; fue elegido para el episcopado el 27 de marzo de 1997 y consagrado el 24 de mayo del mismo año. También la ordenación presbiteral es a los 36 años. Cfr. *Anuario Pontificio*, 2000, cit., 110. Nótese que el apellido *Le Bègue de Germiny* tiene relevancia nobiliaria. Cfr. H. TRIBOUT DE MOREMBERT, *Famille Le Bègue de Germiny* en VV. AA., *Dictionnaire de Biographie Française*, tome xv: M. PREVOST, Roman d'AMAT, H. TRIBOUT DE MOREMBERT, Letouzey et Ané, Paris 1982, 1337-1339. Es tradición nunca interrumpida que el episcopado francés cuente entre sus miembros con representantes de la nobleza.

quien he querido mucho, un hombre superior que se llamaba Henri Gouhier<sup>4</sup>, miembro de la Academia Francesa. Henri Gouhier era especialista en *Filosofía francesa del xvii*<sup>5</sup>: Descartes, Malebranche... y, en general, toda la Filosofía espiritualista. Por entonces M. Gouhier desarrolló un curso extremadamente interesante de *Historia de las ideas*: yo asistí y me sentí marcado definitivamente. Pero el prof. Gouhier se ocupó también de otros temas como, por ejemplo, el modernismo. Durante varios años le seguí en la Sorbona en otros cursos: sobre el pequeño «libro rojo» de Loisy<sup>6</sup>, sobre las controversias de Loisy y Har-

---

4. Henri Gaston Gouhier, que nació en Nanterre en 1898 y falleció en 31 de marzo de 1994, por su larga vida puede ser considerado uno de esos testigos de excepción de lo que ha sido el siglo XX. Profesor en el liceo de Troyes y, luego, en la Universidad de Lille, pasó en fin a la Sorbona, donde enseñó de 1941 a 1968. Miembro de la Academia francesa y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Doctor «Honoris Causa» de las Universidades de Genève y de Roma, Gran premio de Literatura de la Academia Francesa, Premio mundial —todavía en 1988— Cino del Duca, entre otras muchas distinciones. Autor de numerosos trabajos que se extienden en el tiempo desde los años veinte —en 1924 publica *La pensée religieuse de Descartes*— hasta la última década del siglo XX —en 1993 todavía ve la luz su *Etienne Gilson: trois essais, Bergson, La Philosophie de l'Art, L'Art*, publicado en París por la Librairie Philosophique J.Vrin—. Sus estudios sobre *Augusto Comte y la formación del positivismo*, o sobre *El pensamiento metafísico de Descartes*, por nombrar algunos títulos entre otros muchos, hablan de una vida universitaria larga y fecunda. Ya en 1954 los lectores españoles vieron difundirse en castellano, impreso en Madrid bajo la iniciativa de la editorial Artola, el libro de H. Gouhier, *La esencia del teatro*. En 1961 la editorial argentina EUDEBA —Editorial Universitaria de Buenos Aires— traduce *La obra teatral*, prueba evidente de que los «teatófilos» habían recibido el impacto de las páginas intelectuales y sensibles de Gouhier. La trilogía de Gouhier, a saber: a) *L'essence du théâtre*, de la editorial Plon, aparecido en París, 1963; b) *Le théâtre et l'existence*, de la editorial Aubier, que ve la luz en París, 1952; y c) *L'oeuvre théâtrale*, dado a luz en París, bajo las planchas de Flammarion en 1958, esboza una filosofía del teatro. Comenzando por la esencia —que es naturalmente lo primero a considerar— se adentra luego en la relación vital ente el teatro y la vida y concluye considerando la obra teatral en su mismo realizarse. Otros dos títulos no vieron —que yo sepa— la luz en el idioma español: *Antonin Artaud et l'essence du théâtre* (1975), o *Le théâtre et les arts à deux temps* (1989), publicados como siempre por la Librairie Jules Vrin. Extraordinario crítico —famosos, sus artículos sobre teatro en *La Table Ronde*—, Henri Gouhier se extinguió en la primavera parisina de 1994. Pocas horas antes, había fallecido cristianamente Eugène Ionesco: famoso paladín del absurdo, fastuoso hasta en sus funerales multicolores —celebrados en la iglesia rumana de París—. La despedida y el entierro católico en el cementerio de Mont Parnasse absorbieron la atención. Sólo los más atentos advirtieron aquel mismo día la desaparición de «*le très-modeste Gouhier*, uno de los primeros en tomar en serio un teatro que había comenzado presentándose como antiteatro», Maurice DE GANDILLAC, *Souvenir d'Henri Gouhier*. Actes du colloque du CEPF 29-31 mai 1996, en Denise LEDUC-FAYETTE (éd.), *Le regard d'Henri Gouhier*, Vrin, París 1999. «Era un verdadero director de investigaciones, con una entrega sin par —todo lo contrario de esos avaros espirituales que fustigaba Fénelon, tan celosos de su propio tiempo...—. Él dedicó siempre la más viva atención a la multitud de sus estudiantes. Él hizo siempre gala de una extraordinaria constancia en la amistad: la amistad tuvo siempre mucho lugar en su vida...» Denise LEDUC-FAYETTE, *Nécrologie. Henri Gouhier (1898-1994)*, «Revue Philosophique de la France et de l'Étranger» 3 (1994) 392-394.

5. Cfr., v.g., H. GOUHIER, *L'anti-humanisme au XVIIIe. Siècle*, Vrin, París 1987.

6. Alfred LOISY, *L'Évangile et l'Église*, 1902. El año siguiente —1903—, el mismo Loisy publicó su *Autour d'un petit livre*.

nack, las consecuencias de la *Pascendi* y del decreto *Lamentabili*. Agradezco mucho aquella formación de entonces, tan integrada y tan integradora de elementos bien diferentes: formación especulativa y, a la vez, muy ligada a la Historia.

### *L'École Pratique des Hautes Études y Gabriel Le Bras*

**P.** En esos años comenzó su relación con *l'École Pratique...*

**R.** En efecto; seguí en la Facultad de Derecho y en *l'École Pratique des Hautes Études* a otro grande, otro gran profesor que me ha marcado también profundamente y cuya memoria me es muy querida: era el brillante jurista, decano de la Facultad de Derecho, Gabriel Le Bras<sup>7</sup>, a quien también reconozco como mi maestro. Persona maravillosa, porque su ciencia era inmensa, y —con eso— era y siguió siempre siendo un bretón, un celta. Tenía una imaginación céltica, o sea que los cursos con él eran como un encantamiento, porque lo que él explicaba se tornaba una cosa viva. Usted sabe bien que Gabriel Le Bras cultivaba simultáneamente dos áreas científicas: el *Derecho Canónico* propiamente dicho, el clásico, sobre el que ha escrito libros admirables: sobre las instituciones de la Iglesia en la Edad Clásica. Y luego la *Sociología Religiosa*, de la que fue fundador en Francia. La interpretó, por cierto, con un talante no pastoral, aunque —y no podía ser de otro modo— profesaba gran respeto al hecho religioso. Mr Le Bras era hombre de profundo fervor, de gran piedad. Se interesaba verdaderamente por los problemas científicos y técnicos, que estaban en la base de los estudios de las prácticas religiosas. Tenía sentido del humor. Un humor muy suyo. Baste recordar

---

7. Gabriel Le Bras, nacido en Paimpol el 23 de julio de 1891 y fallecido en París el 18 de febrero de 1970, enseñó Historia del Derecho Romano en la Facultad de Derecho de la Universidad de Estrasburgo y luego, en la Facultad de Derecho de París, profesor titular de la cátedra de Historia del Derecho Canónico transformada más tarde en *chaire d'Histoire des Droits savants*. Por muchos años (1931 a 1964) fue Director de Estudios en la *École Pratique des Hautes Études, section des Sciences Religieuses*; y desde 1948, también en la *section des Sciences économiques et sociales*. Especialista máximo en las disciplinas jurídicas, unía también una experiencia y una atención exquisita a los métodos de investigación estadística y sociológica. Su título más conocido en el terreno de la Sociología es *Études de Sociologie Religieuse* en sendos volúmenes publicados en «Presses Universitaires de France» en 1955 y 1956. En ámbito canónico es célebre su *Histoire des collections canoniques en Occident: depuis les fausses décrétales jusqu'au décret de Gratien*, en la que colaboraba como segundo con su maestro Paul Fournier, y que fue publicada en dos volúmenes en 1931 y 1932, por la editorial parisina Recueil Syrey. También es famosa la *Histoire du Droit et des Institutions de l'Eglise en Occident*, cuyo primer volumen —*Prolégomènes* (1955)— de su pluma, iniciaba una obra de colaboración que siguió impulsando juntamente con Jean Gaudemet y en la que aparecen colaboradores especialistas de primera magnitud. El tomo VII de esta magna obra, titulado *L'age classique, 1140-1378*, recoge un amplísimo y exigente tratado del clasicismo canónico. Por último es útil citar de VV.AA., *Études d'Histoire du Droit Canonique, dédiés à Gabriel Le Bras*, 2 volúmenes publicados con el concurso del CNRS, Sirey, París 1965. Sirey (22, rue Soufflot, Paris Ve.) es siempre la editorial por excelencia de las obras de Le Bras. Cfr. Necrológica firmada por Gérard FRANSEN en «Revue d'Histoire Eclésiastique» LXV (1970) 286-287. Cfr. et. los artículos «in memoriam» firmados por J.-R. PALANQUE, J. GAUDEMET y F. BOULARD en «Revue d'Histoire de l'Eglise de France» LVI (1970) IV-XVII.

aquellas famosas categorías que se hicieron célebres en la Francia de la época: aquella, por ejemplo, de los que llamó *misselisans* —que iban a la misa con su ostentoso libro, como un signo confesional— y, por contraste, aquella otra de los que no van a la Iglesia, pero que pueden catalogarse como *catholiques de quatre voitures* (así decía él de manera divertida), que van a la Iglesia cuatro veces en la vida: para el bautizo, para la primera comunión —siempre en coche, por supuesto—, para la boda y para su propio entierro. El curso de Mr. Le Bras era seguido por multitud de sacerdotes: es natural, porque esta temática les interesaba mucho. Junto a esto, Mr. Le Bras ejercía funciones sumamente delicadas y difíciles como *Conseiller technique du Ministère des Affaires étrangères pour les affaires religieuses*.

P. Porque él, a la vista está, no era sacerdote.

R. Claro, claro. Él era laico..., seglar. Estaba casado. Se casó muy tarde, por cierto. Pero se casó y tuvo hijos. Era profesor en la Facultad de Derecho de París y, además, Decano. Un gran nombramiento para una gran Facultad. Era hombre que conocía admirablemente las cuestiones religiosas. En Francia, desde el acuerdo de 1921, tenemos una separación armoniosa —hasta el extremo de que pienso que ni siquiera España nos supera en este punto—. Tenemos todavía dos diócesis concordatarias, es decir, que en ellas todavía sigue vigente el *dominus nominavit*. El presidente de la República nombra los dos obispos y sus nombramientos aparecen en los boletines oficiales de la República Francesa: bueno... no es tan admirable... Es un privilegio de regalía, que ha desaparecido en otros lugares no hace mucho tiempo. Pero no sólo eso. Para las demás diócesis, tenemos un acuerdo según el cual la Santa Sede, una vez advertida por el Nuncio de la necesidad de una provisión canónica episcopal, da a conocer al Gobierno los nombres de los electos —escogidos de entre las listas de candidatos previamente confeccionadas en Francia según la norma habitual— a fin de que se expresen, si fuere el caso, las objeciones que pudiera inspirar la legítima razón del buen gobierno. Entiéndase bien: propiamente hablando, al Gobierno no le corresponde nombrar —que sería demasiado, efectivamente—; pero sí manifestar sus posibles reparos. El Gobierno ejerce, pues, un cierto control, en la medida en que él puede rechazar, descartar tal o cual candidato por razones políticas o sociales o por considerarlos como inconvenientes por otros posibles motivos: la Santa Sede, ante tales reservas no insiste más en su nombramiento. Hay por tanto una separación, que es de hecho una separación regulada por concordato y por acuerdos. Mr. Le Bras ha sido así durante mucho tiempo, más de 20 años, *el padre del episcopado francés*, habida cuenta de que, cada vez que se nombraba un obispo, tenía que conversar con él y dedicarle su tiempo. Así pues, yo consideraba muy importante para mí recibir de él aquella experiencia y aquella formación que transmitía.

Pero ahora volvamos de nuevo a esos otros establecimientos de enseñanza superior, como *l'École Pratique des Hautes Études*, porque ahora mismo yo estoy enseñando en ellos y por tanto debo explicarme un poco más detenidamente.

#### *Victor Duruy y el «método práctico»*

P. Sí. Muy bien. Y en primer lugar sobre el nombre mismo de *École Pratique des Hautes Études*. Hablar de una Escuela Práctica en el ambiente superior universitario resulta un tanto sorprendente, por lo menos para nosotros, desde fuera de Francia. No es fácil encontrar en España algo similar.

R. Me he encontrado frecuentemente con esa extrañeza en personas de diversa procedencia. Pienso que en su origen no resultaba tan extraño como hoy, porque esta Escuela, este gran establecimiento en la línea de los grandes establecimientos de los que hace poco hemos hablado, fue fundado por Napoleón III en 1868 —dos años antes, por tanto de la caída del segundo Imperio— a petición de un gran ministro ilustrado. Se llamaba Victor Durui<sup>8</sup>. Victor Durui era muy consciente de nuestro retraso intelectual y científico con respecto a Alemania, lo cual había venido a ser cada vez más claro y evidente. Jamás la *Vida de Jesús* de Renan hubiera tenido el impacto que tuvo, si su publicación se hubiese producido en un medio de mejor, de más alta formación intelectual. Sin embargo, cuando la *Vida de Jesús* apareció, tanto obispos como laicos quedaron paralizados ante un libro que contenía cuestiones jamás anteriormente abordadas —científicamente, quiero decir— en el área francesa. En Alemania sí se hacía ese tipo de investigaciones. En Alemania, en particular, hacía tiempo que el mismo clero realizaba estudios universitarios obligatoriamente. Cosa que no sucedía en Francia. Así pues, Durui decidió crear una Escuela que se parecía mucho a otra gran institución prestigiosa y que ha estado siempre en la cúspide de nuestra pirámide de enseñanza: el *Collège de France*, un establecimiento de enseñanza totalmente libre. Al decir *libre*, quiero decir que son establecimientos en los que no hay exámenes, no hay programas cristalizados o repetitivos, no hay —estrictamente hablando— alumnos como en las otras universidades. Ni siquiera importa que pueda inscribirse alguien que no tiene título ni diploma. Hay a veces autodidactas —aunque es raro— y genios extraordinarios, que vienen a especializarse en copto, siríaco o en arameo y que hacen cosas muy brillantes. Si llega el caso, se llama a profesores de otras partes, verdaderos directores de estudio, no simplemente profesores, ya que deben empeñarse en experiencias serias de laboratorio, es decir, eso que ahora ya se hace por doquier y se hace también en vuestra excelente universidad, o sea *seminarios* en torno a una mesa. No se debe olvidar que este sistema de *seminarios* —que era alemán en su origen, a los comienzos del siglo XIX— era un modo de enseñar del que no se tenía idea ni en España ni en Italia ni en Francia. Lo ordinario era el sistema magistral: el profesor llegaba, se instalaba en su cátedra, desarrollaba su lección, se retiraba majestuosamente. Así se ha hecho hasta que las preferencias han cambiado y lo nuevo ha llegado ya a hacerse clásico sin duda alguna: es decir, ejercicios *prácticos*: ejercicios que se estima enseñarán a trabajar y harán trabajar a los investigadores. No hay necesidad de explicarlo, porque tal ha llegado a ser la práctica difundida en Bélgica, en España, y por todas partes. El profesor llega —pongo por caso— a explicar *exégesis talmúdica*. Pongo este ejemplo, porque es un curso que nosotros tenemos. El profesor, que es naturalmente un experto en la materia, llega con todo su material: papeles, fotocopias, libros antiguos... Se ponen sobre la mesa, se discute, se traduce, se comenta, se examinan to-

---

8. Jean-Victor Durui, profesor, historiador, ministro de Napoleón III, nació y murió en París (11 de septiembre de 1811 y 15 de noviembre de 1894). Su labor educadora fue de gran calado: baste pensar que en solamente tres años —de 1864 a 1867— el número de escuelas en Francia se incrementó con 2.167 nuevos establecimientos de educación. Hombre extraordinariamente culto, ejerció durante su ministerio, que duró tan sólo un sexenio (1863-1869), una especie de dictadura cultural al estilo del despotismo ilustrado del anterior siglo. Cfr. Jean ROHR, *Victor Durui, Ministre de Napoléon III. Essai sur la politique de l'Instruction Publique au temps de l'Empire Libéral*, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence. R. Pichon et R. Durand. Auzias, Paris 1967.

dos los detalles. Eso es una *escuela práctica*. Y lo es en el siguiente sentido: ella quiere realizar un trabajo de contacto con los textos evitando las grandes «conferencias sublimes». Es un poco como lo que hacía Toynbee o como se pintaban los grandes frescos.

**P.** Ya se ve que es de todo punto diferente. En línea de propósito se podría definir —y así creo que lo hacía Derui— como un método en que sabios introducen a otros sabios, o especialistas de alta erudición facilitan las claves para un trabajo de alto nivel.

**R.** De eso se trataría. Método práctico se opondría a método magistral. Por eso, esta escuela tiene muchas secciones: hay una sección de ciencias históricas y filológicas, que hace historia y filología, naturalmente. Una sección de ciencias religiosas, que se despliega, como su propio nombre indica, en el área religiosa —también de otros lugares y de otras religiones, como las de los pueblos sin escritura, las religiones precolombinas, las de la estepa siberiana, la India, el Antiguo Oriente, las mesopotámicas, el mundo judío y el mundo del cristianismo antiguo, la época medieval, e incluso la contemporánea—. Hay investigaciones de los siglos XIX y XX.

**P.** Tiene que ser un placer y una aventura...

**R.** Lo es. Es un instituto muy original de por sí. Yo, en concreto, he impartido enseñanzas que han sido para mí mismo muy importantes en la medida en que —como he intentado decir— creo que..., espero en todo caso tener una buena formación en la esfera crítica, es decir en la esfera de los textos, de las fuentes, de los documentos: porque pienso que es preciso no perderlos jamás de vista. Incluso cuando uno trabaja una época estrictamente contemporánea, se deben buscar las cartas, la correspondencia, los diarios, los cuadernos de curso... No se pueden jamás olvidar los textos escritos: aun cuando sea igualmente cierto que hay que trascenderlos para acceder y conectar con el pensamiento contenido en los materiales. Obtener las ideas que emergen legítimamente de los textos es de todo punto necesario para poder hacer un trabajo auténtico, bien hecho, con la naturaleza y precisión que debe caracterizar al historiador.

Creo que hay una gran diferencia entre el descubrimiento, la invención del texto, y luego su interpretación. Me atrevería incluso a decir su *hermenéutica*, que es el trabajo del historiador y que debe ser un trabajo muy prudente, para no terminar en esas extravagancias que la historiografía moderna de vez en cuando nos ofrece. Desde hace mucho tiempo, pero sobre todo desde hace 30 ó 40 años, se ven hombres y mujeres que lanzan teorías extraordinarias con osadía. Y después, cuando se observa cuidadosamente, uno no es capaz de encontrar nada de sustancia, porque los textos no están allá; las fuentes no ha sido estudiadas; los documentos no están presentes. Yo agradezco siempre este sentido y esta responsabilidad de la crítica, entre otros beneficios de mi formación intelectual... Convicción profunda que se enriquece con el recuerdo y enseñanzas de maestros tan distinguidos como los ya citados y como otros... No pretendo ser exhaustivo... Aquellos profesores vivían entregados ascéticamente al estudio, eran buscadores infatigables de la verdad.

### *Jean Orcibal y el jansenismo*

**P.** ¿Qué otros maestros recuerda?

**R.** Recuerdo ahora mismo otro, un tercero que se añade a los ya citados anteriormente y que ha significado mucho para mí: era el profesor Jean Orcibal<sup>9</sup>, gran especialis-

ta de dos cuestiones —tan difícil la una como la otra—: me refiero al jansenismo, es decir, Jansenio y el jansenismo; y además, otra área igualmente amplia: el quietismo. Mr. Orcibal, que era un hombre admirable, enteramente dedicado al estudio, un verdadero monje laico —laico en el sentido de seglar, que no era sacerdote, quiero decir—; pero... es que pienso que era un alma muy santa, de muy alta calidad. Hombre solitario —sí, de hecho vivía solo, consagrado a su investigación con una extraordinaria ascética—. A veces considero que puede haber una analogía, una correspondencia a diferente nivel, entre la ascesis espiritual, mística y la ascesis de quien con recta mirada se entrega a la investigación: dos cosas, que podrían de verdad ir juntas, si se quisiera; aunque son de por sí diferentes; pero sí: son paralelas. Ambas ascesis, encarriladas por la investigación, son el medio de encontrar la verdad de una manera auténtica y profunda. Mr. Orcibal era un hombre muy eficaz. Su historia personal, su biografía, sus orígenes eran como inexistentes, como si él hubiese descendido directamente del cielo y estuviese dispuesto a retornar a él.

Esto es muy interesante y, si me lo permite, yo quisiera insistir sobre un fenómeno que me preocupa mucho como historiador de la Iglesia: me refiero a la desaparición —hablo ahora de Francia, no sé en España— de aquellas élites de eclesiásticos dedicados a las ciencias religiosas. Cuando yo hacía los estudios, o sea, allá por los años sesenta, en la Sorbona y en *l'École des Chartes*, así como en las secciones de estudios de estas escuelas, había gentes atraídas por la curiosidad religiosa, y, entre ellas y principalmente, había un fuerte contingente de sacerdotes y de religiosos; recuerdo muy bien que cuando comenzaba el curso de Mr. Orcibal la sala se llenaba discretamente de sotanas y de hábitos religiosos: allí había jesuitas, eudistas, sulpicianos, lazaristas, capuchinos, franciscanos, o sea, es-

---

9. Jean Orcibal, nacido en Burdeos el 10 de mayo de 1913 y fallecido en su propia ciudad natal el 18 de diciembre de 1991, ha sido uno de los más prestigiosos historiadores de los orígenes del jansenismo (así se titula *Les origines du Jansénisme*, una de sus obras cuyos primeros volúmenes comienzan a publicarse en 1947 por la Vrin); o con mayor precisión, historiador del pensamiento religioso del siglo XVII, porque sus páginas exceden en su temática el solo jansenismo. En 1933 ingresó en la *École Normale Supérieure* de París, Section de Lettres donde pasó cuatro años (1933-1937). En 1935 consigue en la Sorbona el diploma de Estudios Superiores y el año siguiente el de *l'École Pratique des Hautes Études, Section des Sciences Religieuses*, con una memoria sobre *la formación espiritual de Angelus Silesius (Johan Scheffler) 1624-1657. Mística y Contrarreforma*, dirigida por Jean Baruzi y por Alejandro Koyré. En 1937, Miembro de *l'École Française de Rome*. Entre sus más famosos títulos de libros está *la Correspondance de Fénelon* cuyos tres primeros tomos ven la luz en 1972, París, editorial Klincksieck (los volúmenes a partir del VI —1987 y ss.— son publicados ya en Ginebra por la Librairie Doz)—: obra admirable, en la que colaboradores como J. Le Brun e I. Noye han hecho posible una continuación que alcanza hoy los diecisiete volúmenes. En el idioma de Cervantes, el lector español ha podido conocer la obra traducida en 1987 por Teodoro H. Martín, con un breve *Proemio* de su autor Jean ORCIBAL, *San Juan de la Cruz y los místicos renano-flamencos*, Fundación Universitaria Española y Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 1987. En cuanto a la actividad docente, el Prof. Orcibal desempeñó la Dirección de Estudios en la Escuela de Estudios Superiores de París, Sección Religiosa, desde 1952 hasta 1978. Cfr. la detallada Nota necrológica firmada por Irénée NOYE y Jean-Robert ARMOGATHE, en «Revue d'Histoire Ecclésiastique» LXXXVII (1992) 625-629.

taba allí toda la panoplia de las órdenes religiosas. Estaba allí, por ejemplo, el padre Michel de Certeau<sup>10</sup>. Mr. Orcibal no era sacerdote. Pero había a su alrededor todo un «pleroma» eclesiástico. También en casa de Mr. Gouhier había siempre muchos sacerdotes distinguidos, religiosos de hermoso talento. En casa de Mr. Le Bras, por definición. Y además... todos aquellos que aspiraban al episcopado estaban también allí como suplemento. Y, muy poco después del Concilio, esto cambió. Vino un empobrecimiento... Entendiéndose bien, que yo no acuso al Concilio mismo, lo cual está por completo fuera de mi modo de interpretar las cosas; señalo tan sólo los fenómenos que ya nos son bien conocidos de interpretaciones excesivamente aventuradas, de ilusiones impropias y desafortunadas que prosperaron por aquella época. Se podría hacer recolección de datos con gran facilidad. Pero no hace falta. Eso sí: a veces siento dolor cuando veo que todos estos temas y cuestiones de estudio, todas estas disciplinas que tocan al corazón de la Iglesia —porque nuestra Iglesia es una con la Iglesia de la Historia, y por tanto su historia cuenta mucho— son descuidados como si se tratase de ciencia estéril. Las exégesis dentro del dominio bíblico, las ciencias auxiliares, la filosofía, incluso la filosofía cristiana, ya no son cultivadas por los eclesiásticos como por los laicos, que tienen con mucha frecuencia las mejores disposiciones. Pienso, sin embargo, que es lamentable que sacerdotes y religiosos no se interesen mucho más. Tal vez sea que hay pocos sacerdotes. Tal vez sea que el trabajo, el ejercicio pastoral diario es muy grande y recae sobre unos pocos hombros. Pienso también que los mismos obispos no han animado a su clero a los estudios, no se han dado cuenta de lo que significa la presencia en los ambientes científicos del hombre y de la mujer consagrada. Hay temas en particular... temas de moral, por ejemplo; o de espiritualidad, temas de vida consagrada donde la experiencia íntima de un sacerdote o de un religioso son imprescindibles para comprender de qué se trata. Así, los resultados que tenemos ahora en torno a todas estas cosas —y tras las presentes y recién pasadas evoluciones— es siempre el mismo.

---

10. El P. Michel de Certeau SJ, nació en Chambéry en 1925 y se formó en las Universidades de Grenoble, Lyon y París —siempre en área de Letras: filosofía, clásicas, historia, teología— y finalmente culminó su tesis en ciencias religiosas en la Sorbona (1960). Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1950 y recibió la ordenación sacerdotal en 1956. Se alaba en él una inteligencia aguda y chispeante y una sinceridad de planteamientos culturales rayana en lo vertiginoso. No construyó un sistema científico propiamente tal. Su pensamiento se desarrolló siempre en torno a pluralidad de polos a medida que se sentía interpelado por las objeciones reales o por los interrogantes vivos que una vida intensa le iba brindando: fue, de esta suerte, historiador de textos místicos del Renacimiento, se interesó por el método de la antropología, se ocupó de la lingüística e, incluso, del psicoanálisis. Maestro muy cotizado de jóvenes investigadores pasó seis años en la Universidad de California —de aquí le venía su popularidad en el ámbito anglófono— hasta que, en julio de 1984, tomó posesión de una cátedra de «antropología histórica de las creencias» en la *École Pratique des Hautes Études, Section de Sciences Sociales*; sección de la que también era Director de Estudios. Falleció de cáncer el 9 de enero de 1986. Entre sus obras, *L'invention du quotidien: Arts de faire*, Gallimard, París 1990, que es reedición de la de 1980, de Folio. El segundo volumen de *L'invention du quotidien: Habiter, cuisiner* es de Luce Giard y Pierre Mayol. *L'Écriture de l'Histoire*, Gallimard, París 1975. DE CERTEAU et alii, *Une politique de la langue. La Révolution Française et les patois: l'enquête de Grégoire*, Gallimard, París 1975. *La fable mystique. XVIe-XVIIe siècle*, Gallimard, 1982, traducida seguidamente al Inglés con gran éxito: *The mystic Fable*, University of Chicago Press, 1992. Cfr. et. el interesante estudio de Jeremy AHEARNE, *Michel de Certeau. Interpretation and its Other*, Polity Press, Cambridge-Oxford 1984.

*Preparación teológica necesaria al historiador de la Iglesia*

**P.** Parece que falta preparación teológica.

**R.** Me parece llegada la hora de decirlo claro: hay ciertas esferas de laicos que no están suficientemente formados teológicamente —aunque ellos crean que sí lo están— o religiosamente —y digo lo mismo—; ellos hacen un trabajo con frecuencia deficiente... por ignorancia. Y quede claro que no me refiero a los laicos que trabajan bien: que los hay. Me refiero a los que trabajan con formación deficiente y sin verdadera experiencia. Yo pondría un caso que me parece evidente y que toca a España: es el caso de los estudios sobre la Inquisición, ¿no es verdad? Porque se ha podido ver bien, en un cierto número de comunicaciones a coloquios, a congresos, a obras colectivas... o, incluso en libros que tienen por autores a señores o a damas, muy honorables por lo demás, pero que o son católicos poco formados o son anticristianos o, simplemente, no son católicos o no conocen el fondo de los problemas. Entonces ellos escriben cosas de todo punto novedosas o, peor todavía, enormidades, porque hablan de lo que no saben. Es muy difícil por lo demás; no es extraño. Pero no conocen, por ejemplo, la doctrina canónica del matrimonio tal como era en el siglo XVI o XVII. Encuentran en los procesos, en los textos, cosas que les resultan inexplicables y... Es claro que un sacerdote o una persona que conoce la teología de los sacramentos y está en posesión de la ciencia canónica suficiente comprenderá enseguida por qué un juez eclesiástico o un inquisidor pide tal o cual cosa. Es muy simple, pero hace falta saberlo. A mí no me gusta que la historia religiosa y la historia eclesiástica sean completamente abandonadas a los laicos. Creo que queda claro que no reprocho la presencia de los laicos en esos temas, cuando tienen la debida preparación. Si esa fuera mi postura, hablaría contra mí mismo. Lamento tan sólo el absentismo de los eclesiásticos, que no deben —a mi entender— pensar que las grandes cuestiones doctrinales, sapienciales, no les conciernen. Veo, por ejemplo, el número del Centenario de la «Revue d'Histoire Ecclésiastique» de Louvain... He tenido la lista de los colaboradores de este número del Centenario, entre los cuales me cuento, y me pregunto si habrá uno o dos eclesiásticos entre los 20 ó 25 que firman. En fin que la Iglesia, en tanto que Iglesia, debería reflexionar —y lo digo con la mejor voluntad y el más grande respeto— preguntándose si no habría que insistir sobre el hecho de que cuando los sacerdotes se consagran a la Historia del Cristianismo, a la Historia de la Iglesia cumplen una obra no solamente de valor científico, sino pastoral de primera magnitud: ellos son entonces sabios, son un valor pastoral, espiritual, interno a la Iglesia y que jamás debería perderse.

**P.** Y qué decir, cuando el desentendimiento se da entre los mismos profesionales de la Teología?

**R.** Aquí yo tomaría un ejemplo exterior, un ejemplo de mi experiencia biográfica. Hay ahora toda una disputa en Inglaterra, en un medio que conozco muy bien porque en las Facultades de Oxford y Cambridge y en otros establecimientos de enseñanza hay cátedras de *Ecclésiastical History*, que son y han sido hasta fecha muy reciente confiadas siempre a eclesiásticos anglicanos: el problema es el mismo: se encuentran cada vez menos ministros dispuestos a desempeñar esas funciones. Pero, sobre todo, el problema que se plantea es que el teólogo, o los teólogos, que constituyen la mayoría del profesorado de estas Facultades —profesores, por ejemplo, de Teología dogmática, o de Teología moral—, dicen que no tenemos necesidad de

profesores de Historia eclesiástica en una Facultad Teológica; en todo caso, que se vayan a las Facultades de Historia: allá se encontrarán muy bien, porque a nosotros esto no nos aporta nada, absolutamente nada; no es una realidad que sea constitutiva. Bueno... esto yo creo que es un grave error en el ámbito católico, pero también en el caso de los anglicanos. Tal vez lo que subyace a este rechazo es que se ha hecho demasiada historia factual, en la cual efectivamente, hace falta decirlo bien claro, los teólogos no encuentran nada que les aporte algo de interés. Pero, si los historiadores hubieran hecho una historia profunda, con tomas de conciencia de las evoluciones doctrinales, los colegas encontrarían una contribución muy importante para ellos. Tengo la impresión de que esta situación no es solamente en Inglaterra entre los anglicanos, existe en otras partes también y es muy peligrosa: porque si las Facultades de Teología llegasen a decir: no, la Historia de la Iglesia y la Historia Religiosa no forman parte de nuestras disciplinas, porque son cosas muy accesorias y puramente de consuelo y de erudición, «ad abundantiam»..., eso sería un empobrecimiento de perniciosas consecuencias y con repercusión en todo el mundo. Pienso que es un craso error porque vuelve a poner sobre el tapete una visión extremadamente corta de las cosas. Me parece impensable que la teología bíblica o la teología dogmática o la teología moral o las exégesis puedan privarse de la historia de la Iglesia: en el encuadre y en el mismo cuadro interior de sus investigaciones.

**P.** Pero ahora volvamos, si le parece, a su «curriculum» académico, porque me parece que han quedado cosas en el tintero, que sería sabroso conocer. Ya había quedado claro que, personalmente, ha tenido un montón de oportunidades de estudio, una formación de lujo, dicho sea en honor a la verdad y salvada la necesaria modestia. Hábleme de su experiencia como estudiante en *l'École des Chartes*, de sus pasiones de estudio allá surgidas.

**R.** En fin... Habla usted de una formación de lujo.

**P.** Hablo de Francia, Profesor Neveu. Hablo de su Patria y de sus maestros...

**R.** Sí... Sí, así me atrevo a decirlo yo también, no por mí —por supuesto que no—, sino por los maestros de todo punto superiores, por las personalidades finísimas que me ha tocado tratar y por las condiciones favorables que he podido disfrutar. Recuerdo que cuando tenía que elaborar la tesis para *l'École des Chartes*, elegí —habida cuenta del tiempo en que yo había trabajado con mi maestro Orcibal y con mi maestro Le Bras— una biografía y un ensayo de interpretación sobre la obra del historiador..., del historiador y crítico jansenista Le Nain de Tillemont<sup>11</sup>, que fue un historiador del siglo xvii, que estudió a los Padres de la Iglesia, y escribió una enorme *Historia Antigua*. Esto era bueno para mí, porque yo había hecho buenos estudios greco-latinos y podía muy bien proponerme e interrogarme sobre la interesantísima cuestión del influjo de los Padres de la Iglesia en la cultura religiosa del siglo xvii —que es un tema inmenso por lo demás—.

---

11. Cito a continuación la edición que se conserva en la Universidad de Navarra: Louis Sébastien LE NAIN DE TILLEMONT, *Memoires pour servir à l'Histoire Ecclesiastique des six premiers siècles*. Justifiez par les citations des Auteurs originaux. Avec une Chronologie, où l'on fait un abrégé d'histoire ecclesiastique & civile; et avec des notes pour éclaircir les difficultés des faits et de la chronologie, À Bruxelles, chez Eugene Henry Fricx, Imprimeur de Sa Majesté Imperiale et Catholique. Consta de 10 tomos, 3 volúmenes cada uno, en los años que se indican: I (1706); II (1695); III (1699); IV (1706); V (1707); VI (1708); VII (1715); VIII (1719); IX (1728); X (1730). Cfr. el estudio de Bruno Neveu ya citado en la nota 1.

*La tesis doctoral*

P. Pero volviendo al principio de nuestra conversación. Es bien claro que asuntos y grandes temas emergen al par que se suceden los episodios de su vida intelectual y personal: *l'École des Chartes*, la *Sorbonne*, la *Faculté de Droit* y *l'École Pratique des Hautes Études* sobre todo. Cuente un poco sus recuerdos de la tesis en *l'École Pratique des Hautes Études*. Corrían los años sesenta... creo.

R. Defendí esa tesis en 1963. Fue sobre *Le Nain de Tillemont* y su obra, que ya había retenido tanto la atención de Henri René Marrou<sup>12</sup>: porque Marrou había fundado en la *Sorbonne* un centro de la Historia del Cristianismo antiguo, que existe todavía, y que se llama *Centre Le Nain de Tillemont*, en homenaje a este gran historiador de la Iglesia de los primeros siglos, sacerdote él, jansenista por más datos. Falleció en 1698. Tuve muchas oportunidades y debo dar gracias a Dios. Mi libro fue publicado enseguida: grandísima suerte para mí, que en cierto modo estaba empezando y todavía no era conocido en la república internacional de las Letras. Al término de los estudios, en lugar de ser un bibliotecario erudito en el Gabinete de estudios de la Biblioteca Nacional —como hubiera podido ser— o conservador en el depósito de los Archivos, esa edición vino a determinar mi rumbo. Y, puesto que yo tenía más bien aptitudes para continuar la investigación, me nombraron para una curiosa institución un poco difícil de definir —decididamente todas las cosas francesas son un poco especiales, sobre todo si se miran desde fuera—: una suerte de instituto de investigación hecho para hombres jóvenes —sí, en el sentido de que sólo entraban hombres jóvenes, muchachos, chicos no casados, lo cual refleja un estilo del siglo XIX— y que estaba hecho para que pudieran durante tres años llevar una vida de estudio, desenten-

---

12. Henri-Iréné Marrou nació en Marsella el 12 de noviembre de 1904 y falleció en París el 11 de abril de 1977. Intelectual católico y polígrafo eminente que ha tratado temas de antigüedad, música, política, epistemología, filología, filosofía y teología de la Historia, historiología. Y también variedad de géneros literarios que van desde el ensayo hasta los artículos de periódico, en importantes rotativos como *Le Monde* y en revistas como *Esprit*. De extracción social modesta, asimila un talante de gran apertura y penetración —fruto tal vez de sus viajes y de su experiencia en universidades numerosas—: fue profesor en Nápoles, en El Cairo, en Nancy y en la Sorbona, donde desempeñó la cátedra de *Origines Chrétiennes*. Es famosa su tesis *S. Augustin et la fin de la culture antique*, que debe completarse con la lectura de una *Retractatio* —en la que abandona el concepto de *ocaso* (déclin) de la cultura antigua para primar el concepto de *antigüedad tardía*—. Actividad, la suya, de investigador de autores antiguos en ediciones eruditas y de exigente crítica; así como también pensador y sabio, que entregó a la imprenta síntesis consideradas importantes desde el primer momento y, con el pasar de los años, asumidas ya por la comunidad científica como definitivamente clásicas. Entre sus títulos están —sin ánimo de exhaustividad— *Histoire de l'Éducation dans l'Antiquité*, de Seuil, 1948 y reed. en 1972; traducida al castellano por Yago Barja de Quiroga ha visto la luz como *Historia de la Educación en la Antigüedad*, ed. Akal, 1985. También en castellano han aparecido su *Teología de la Historia*, traducida por Rafael Sánchez Mantero y presentada por J.L. Illanes, en Rialp, Madrid 1978. También, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea books, 1999. Particular relieve por su carácter de «Hommage où il quitte sa chaire d'Histoire du Christianisme, où il fut élu à la Sorbonne en 1945», es el tomo preparado por Jacques FONTAINE et alii, *Patristique et humanisme. Mélanges par H.-I. Marrou*, Seuil, París 1976. Cfr. Necrológica en *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, LXXIII (1978) 229-230.

didados de cualquier otra investigación o de cualquier otra edición filosófica, histórica, literaria o geográfica. En un cuadro perfectamente adaptado, una especie de colegio en el sentido en que se habla en España de Colegios Mayores Universitarios. Permanecí tres años en este instituto que se llamaba la Fundación Thiers, el nombre de nuestro gran hombre de Estado, Adolf Thiers, Presidente de la República. Yo fui allí muy feliz, porque no sólo pude trabajar muy bien, sino que —y eso era muy importante para mí— me facilitaba el contacto con jóvenes personalidades, de talante distinguido y que realizaban justamente investigaciones de metafísica, o de historia... y el contacto fue muy fructuoso.

### *L'École Française de Rome*

**P.** Y llegó su marcha a Roma...

**R.** En 1966 cuando yo tenía 30 años, la «varita mágica» me apuntó de manera más decidida y fui nombrado miembro de *l'École Française de Rome au Palais Farnese*, famosa y bien conocida, fundada en 1875 para los estudios de Arqueología y de Historia. Fue a *l'École Française de Rome* a la que se confió la edición de los registros de los Papas, gran edición siempre en curso, de rango monumental, que cuenta con decenas de decenas de volúmenes y cuyo despegue coincidió con la apertura de los Archivos Vaticanos por León XIII. Por tanto *l'École* quedó instalada en el *Palazzo Farnese*, donde ha disfrutado del contorno magnífico y de la proximidad inmediata de nuestra Embajada de Francia, emplazada en el primer piso: *l'École* ocupa el segundo, y —como Usted recuerda muy bien— tuvo uno de sus más prestigiosos directores —durante mucho tiempo, más de veinte años— en la persona de Mgr Duchesne, gran historiador de la Iglesia antigua.

Duchesne era un personaje excepcional, miembro de la Academia Francesa, aunque encontró dificultades: su historia consciente de la Iglesia fue puesta en el Índice, y no le sirvió de protección ni siquiera su prerrogativa de Académico. Esto me ha interesado mucho, porque la historia del modernismo me interesa —como ya dije—. He publicado varias veces cartas de Mgr. Duchesne o a Mgr. Duchesne; particularmente he publicado una correspondencia entre Mgr. Duchesne y Loisy desconocida hasta aquel momento. Roma, para la vida de un fiel católico, es una gran experiencia y mi permanencia allí ha sido larga: nueve años en total. Tres años en *l'École* y, seguidamente, todavía otros seis años dedicado a la investigación científica independiente —también en Roma—. Tuve el privilegio de llegar en 1963, en principio, para una investigación científica en la *Embassade de France près du Sainte Siège*, y pude presenciar la segunda sesión del Concilio. Viví en la Urbe las jornadas inolvidables de la agonía y muerte del Papa Giovanni. La elección de Pablo VI. Pude seguir de cerca —en todo caso siempre muy bien situado y bien introducido en el mundo eclesiástico internacional y romano— aquella impresionante y sorprendente etapa histórica del Concilio. Luego..., algo se ha entibiado de aquel fervor y entusiasmo... Se puede decir que el Concilio y la aplicación romana del Concilio, es decir la buena aplicación, la aplicación auténtica nos ha pedido mucho. Moralmente, espiritualmente, afectivamente, culturalmente, estéticamente: es un punto muy importante. Ha hecho falta adaptarse a los cambios que, por mi parte, he encontrado muy dolorosos, muy duros. Los he recibido —debo decirlo— con sumisión, pero con mucho sufrimiento. Ahora la situación ha mejorado un poco..., tal vez. El buen sentido parece

imponerse conteniendo el desbordamiento —que no estaba en modo alguno en las intenciones de los padres del Concilio—. Yo diría que para los que aman la venerable Tradición de la Iglesia —entre los cuales yo me coloco sin ningún embarazo, sin ningún sonrojo— han sido años dolorosos y difíciles: no por la sustancia —claro está—, sino por muchos accidentes que suponían una interpretación inauténtica de la novedad de sentido introducida por el Vaticano II. Incluso —parecerá una pequeñez—, pero por lo que a mí se refiere, echo mucho en falta aquel estilo de la Curia de otros tiempos. Los italianos tenían mucho sentido de las situaciones, mucha finura, mucha medida y contención; ellos tienen, incluso, esa cualidad tan particular que nosotros llamamos *bonomía*, es decir, una manera fácil, cordial, cálida y afectuosa. Y los cardenales romanos, los de la Curia y todo el personal de la Curia tradicionalmente, han tenido esta manera simple y elegante, que era también, por lo demás, la del papa Pío IX, y prácticamente también la de Pío XII: en su majestad hierática tenía al mismo tiempo esa *bonomía* que ha dejado de ser un valor cotizado. Hoy se encuentran allí hombres eminentes de diferentes países; pero quizás se ha perdido un poco de aquella amable facilidad que era característica. Ahora bien, hay que decir que Roma convierte siempre a quienes vienen a ella y que tal *bonomía* la asimilan también los que van llegando: el alto personal de la Curia no italiano y no romano ha ido asimilando muy generalmente las..., aquellos que yo llamaría buenos hábitos de gentileza y apertura que eran tradicionales.

Roma ha sido siempre un observatorio excepcional de la vida eclesiástica y religiosa. Yo considero haber tenido mucha suerte al haber podido seguir estas cosas no digo yo desde el interior de su realización, pero sí al menos desde muy cerca como observador lleno de interés.

P. ¿Qué publicaciones preparó durante su estancia en *l'École Française de Rome*?

R. Esto último ha sido una digresión. Pero, naturalmente, trabajé sobre todo en los Archivos y en la Biblioteca del Vaticano. Publiqué en la gran colección de las *Acta Nuntiatorum Gallicae*, que corresponden a la *Nuntiaturnbericht* alemana y a las colecciones española y portuguesa que están en curso de publicación de minutas, despachos de los nuncios apostólicos, representantes de la Santa Sede ante Su Majestad Cristianísima. Hace treinta años ya estaban en curso estas magnas ediciones. Pero ya se sabe que este tipo de publicaciones progresa muy lentamente.

P. ¿Es esa la obra de que hablaba usted anteayer durante la comida y de cuyo Comité de Dirección es presidente?

R. No, no. Esa es otra comisión. Es una colección que está publicada a la vez por *l'École Française de Rome* y por la Universidad Gregoriana.

La iniciativa primera de las *Acta Nuntiatorum Gallicae* fue del P. Blet<sup>13</sup>, historiador, profesor de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana. El P. Blet ha publicado

---

13. El P. Pierre Blet ya había ya publicado en 1962 y en 1965 sendos volúmenes con la correspondencia de las nunciaturas de *Girolamo Ragazzoni, obispo de Bergamo* y *Nuncio en Francia (1583-1586)* y la de *Ranuccio Scotti (1639-1641)* respectivamente. Ambas obras pertenecen a la colección *Acta Nuntiatorum Gallicae* —nn. 2 y 5—, publicadas bajo la responsabilidad editorial de Presses de l'Université Grégorienne y de Editions E. de Brocard en París. El P. Blet, por tanto, es en un primer momento especialista en Historia Moderna. Lo mismo indicarían sus títulos *Histoire de la Représentation*

también dos grandes trabajos sobre Pío XII y la guerra mundial con el P. Martini. Blet es el iniciador y el mantenedor por tanto de esta colección y yo he publicado en ella dos volúmenes que corresponden a la Nunciatura de Francia entre 1683 y 1689. Época muy importante, ya que coincide con la revocación del Edicto de Nantes, con la política antihugonotes y anti-protestante de Luis XIV y, sobre todo, es la época de la famosa Asamblea del Clero de 1682 con toda la puesta en escena de un supergalicanismo de combate. Usted podrá recordar cómo el Papa era contestado: pues se trataba nada menos que de Inocencio XI Odescalchi, pontífice severo y reformador, que se enfrentó con Luis XIV sobre todas estas cuestiones legalistas y regalistas. Casi se llegó a la ruptura entre Luis XIV y el Papa: en el fondo se puede considerar —bien es verdad— que no hubo mesura canónica, que Luis XIV incurrió en excomunión «*latae sententiae*» que afectaba a todos aquellos que no respetaran o no quisieran respetar las decisiones que el Papa había tomado sobre las inmunidades diplomáticas de los *quartieri*.

En Roma cada embajada tenía no solamente su edificio de residencia, sino también su *quartiere*: ambas, embajada y *quartiere*, escapaban completamente al control de la Santa Sede. Roma vivía una situación muy original y extraña: por una parte la Urbe estaba dividida en diferentes enclaves, algo así como islotes en los que la policía romana no podía entrar: eso provocaba desórdenes —a veces, de naturaleza extremadamente grave—. Por eso el Papa quiso suprimir el tabú de los *quartieri* y Luis XIV se opuso con toda la soberbia del Rey Sol de modo que la crisis fue muy considerable: el Papa rehusó dar la institución canónica a cantidad de obispos y Francia vino a quedar en una situación bastante incómoda con muchos obispos designados —designados por el rey, porque a él correspondía la presentación en virtud del Concordato—, pero que no tenían el nombramiento pontificio ni podían, por tanto, tomar canónica posesión de su sede: eran considerados como vicarios en sus propias diócesis en espera de que llegasen las Bulas. Al fin tuvo que ceder Luis XIV; en 1693 aceptó un arreglo con la Corte Romana. Así pues, he estudiado estos despachos, que componen dos gruesos volúmenes. Se recogen muchos, muchos papeles; se encuentran allí muchos documentos sumamente curiosos, que tuve el placer de ir descubriendo día a día... Naturalmente, es un trabajo muy austero este género de ediciones, porque es necesario ir escribiendo con paciencia benedictina y hacer unos buenos índices. Pienso —como antes decía— que es una óptima disciplina ascética; estábamos obligados a editar los textos y eso fatiga..., y mucho. Cuando, por ejemplo ya se llegaba al número 750 o al 860 uno desearía acabar... Pero es entonces cuando es más útil y más responsable la perseverancia. Porque

---

*Diplomatique du Saint Siège des origines à l'aube du XIXe. siècle*, obra editada por el «Archivio Vaticano» en Città del Vaticano 1982; y *Le Clergé du Grand Siècle en ses assemblées. 1615-1715*, editado por Cerf en 1995. Es en 1965 cuando el P. Blet comienza a trabajar en la gran edición diplomática *Actes et documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*, cuyo primer volumen había visto la luz en ese mismo año desde las planchas de la Editrice Vaticana. El P. Blet trabajó hasta 1982 en esta gran tarea junto con el P. Angelo Martini —de *Civiltà Cattolica* e historiador reconocido de Contemporánea— y con otros. Para divulgar los datos más importantes que dimanaban de la gran colección publicó Pierre BLET, *Pio XII e la Seconda Guerra Mondiale negli Archivi Vaticani*, San Paolo, Cisine-llo Balsamo (Milano) 1999. El libro había tenido su primera publicación en lengua francesa dos años antes. Pero Blet declara que la edición italiana —habida cuenta de la lengua de la mayor parte de los documentos— y del cuidado de la Dottoressa Emilia Paola Pacelli merece honores de Edición Príncipe.

*Enrique de la Lama*

eso facilita el trabajo de otros y hace ya innecesario a los demás historiadores el retorno a los archivos.

**P.** También da pena terminar. Toda ilusión lograda lleva en su entraña algo de decepcionante. Al fin llega la despedida. Un regusto de nostalgia. ¿Algo de esto?

**R.** Tras publicar esos dos volúmenes, no he prescindido de mis conexiones romanas. He continuado mis investigaciones en sus archivos y bibliotecas.

*De nuevo en París*

**P.** Después de Roma, vino el retorno a la Patria. Volver a París...

**R.** En 1973. Ahora me doy cuenta de que todavía era joven y juvenil por aquella época. También un poco inexperto en evoluciones intelectuales. Pero fue la hora de mi acceso a la cátedra: fui elegido y nombrado director de estudio en *l'École Pratique des Hautes Études* en su sección de *Sciences Historiques et Philologiques* y se creó para mí una titulación que anteriormente no existía: en la *École* no se hablaba de Historia de la Iglesia. A mí no me hubiera desagradado tener una cátedra de esa disciplina. Pero por «razones políticas» y por la misma visión de conjunto operante en el establecimiento, no se hablaba de Historia de la Iglesia: hubiera parecido como una supererogación a la ciencia religiosa, creo. Lo cierto es que mi ámbito de enseñanza y mi cátedra correspondiente se designó como *Historia de las relaciones diplomáticas en el siglo XVII y XVIII*. En lo sucesivo sería mi deber, no sólo hacer el estudio de las relaciones diplomáticas de Francia con el Papado —que para mí hubiera sido lo mejor, porque lo conocía muy bien y había sido mi estudio durante largo tiempo—; sino que se trataba también de coadyuvar al interés de los investigadores: porque, según el estilo ya explicado de situarse en torno a la mesa para el estudio común y la discusión sobre los documentos, había que hacer como cuando se va a un *restaurant*: comida «a la carta», cursos «a la carta». Ellos eligen, dicen lo que piensan y lo que quieren y yo debo tratar...; por ejemplo, si hay uno que dice interesarse por Portugal en el siglo XVII, yo digo: «bueno, entonces este año se va a tratar de hacer todo el estudio orientado hacia Portugal». Cada uno va a aportar lo que él tiene. Otro año se hablará y se estudiará sobre Inglaterra en el siglo XVIII. Se trabaja así. Por tanto no existe el especialista en repetir año tras año un curso, una explicación siempre idéntica, enriquecida hasta la saciedad, si se quiere, pero siempre igual... Se trata de ser útil a los investigadores que están presentes. Y eso es lo que vengo haciendo desde 1973... Un largo período...

**P.** ¿Contento?

**R.** Creo haber trabajado honestamente, haber contribuido con lo mejor que yo sé y puedo para mantener y revitalizar constantemente estos estudios de *Historia Diplomática*, que durante una época fueron muy mal vistos en Francia. Se consideraba que eran antiguallas sin interés; aburridas, porque todas estas historias de negociación de tratados no son el verdadero camino de las gentes, no tratan de las propias experiencias vividas, no son historia de las mentalidades, de las sensibilidades, de los fenómenos sociológicos. Interesarse

por los reyes, los príncipes, los cancilleres se consideraba como cosa sin interés. Y para la Historia de la Iglesia el fenómeno era un poco lo mismo: durante treinta años he oído muchas veces semejantes argumentos. Pero la verdad: yo no veo que una cosa excluya la otra, ni veo tampoco por qué la moral o la pastoral se contraponen a los estudios sobre los sínodos, los concilios o los obispos.

Justamente el año pasado por estas fechas, en mayo por tanto, me eligieron miembro de la *Academia de San Carlos Borromeo*, que tiene su sede en Milán —en la Biblioteca Ambrosiana, por más señas, y bajo la presidencia del cardenal Martini—. Agrupa especialistas y estudiosos de la historia religiosa del XVI y del XVII y, en particular, justamente de la historia pastoral —que no es mi objeto de estudio—, pero estoy muy contento de ser miembro de esta Academia Eclesiástica, cuyos miembros son todos extraordinariamente distinguidos. Lo digo para que se vea que no albergo en mi ánimo objeción alguna contra los estudios de pastoral: todo lo contrario, considero que es un objeto nobilísimo de atención y de investigación. Pero elegir el propio campo de trabajo por un sentido de la moda, me parece un proceder extraño a lo que la sabiduría es.

#### *Fidelidad y error en la Iglesia*

**P.** Usted, por otra parte, ha estudiado muy bien el Jansenismo, que es un movimiento que exige gran atención y finura. Por tanto, no todas sus páginas han sido sobre tratados y ambientes cancillerescos.

**R.** Yo he hecho todo lo que he podido durante años en pro de la Historia Diplomática; pero entiéndase bien, claro está, que no he abandonado otros intereses como la Historia de las Ideas: no con una «forma mentis» meramente especulativa, sino en el nivel más concreto... o menos abstracto, si se quiere. Así es como yo he llegado a reexaminar la Historia del Jansenismo de una manera que no era habitual, porque desde hace mucho tiempo esta aproximación doctrinal ha estado muy abandonada, como si se tratase de una apologética estrecha, cerrada a la comprensión de las realidades. En tal sentido se ve muy bien la evolución de los artículos del *Dictionnaire de Théologie Catholique*: las primeras letras están todavía en esta idea de apologética en defensa de algo que yo considero sencillamente una herejía. Porque sí: atención; al principio es complicado. Creo que para ser razonable es preciso partir de un criterio muy simple: el de llamar herejía a lo que la autoridad, el magisterio ha considerado históricamente como herejía. Después se puede discutir; pero es necesario como mínimo partir de eso. Es incontestable que los pontífices —y los obispos con ellos— han considerado el jansenismo como una disidencia dogmática gravísima, al introducir desórdenes eclesiales considerables, y lo han estigmatizado como tal. Esto no quiere decir que no haya habido después toda una suerte de cosas muy interesantes, muy dignas de tener en cuenta por parte de hombres superiores en el movimiento de Port Royal y, tras él, en esta supervivencia que Usted ha evocado recientemente en España o en Portugal o en Italia. Ha habido personalidades muy interesantes que no deben ser despreciadas. Hay que estudiarlas. Hay que tratar de comprender por qué es cierto que un hombre como Scipione da Ricci, obispo de Pistoia al fin del siglo XVIII, es un personaje para tomar en considera-

ción. Y Usted recordará cómo hace ya algunos años, en 1986 —segundo centenario del Sínodo de Pistoya— se hicieron grandes trabajos históricos sobre el Sínodo; pero claro: eso no fue incurriendo en el anacronismo. Porque se ve que en 1786 aquel Sínodo proponía una serie de medidas que hoy consideramos pastoral válida, de todo punto comprometida con las cuestiones. Por eso, he sentido la atracción por los más espinosos problemas: ¿qué es un texto? ¿qué es un texto teológico? ¿cuál es el sentido del autor? ¿qué es lo que la Iglesia hace cuando distingue en un texto un sentido dogmático? ¿tiene Ella ese derecho? ¿es que Ella tiene el poder de hacerlo, como yo lo creo? Y si Ella lo hace, ¿sobre qué recae la condenación o la aprobación en el caso opuesto? ¿cuál es la autoridad de su decisión? Estas son cuestiones que se han planteado en el jansenismo de una manera de todo punto ejemplar. Y esto se ha prolongado en cierta manera hasta nuestros días. La Iglesia docente —toda la Iglesia, en realidad— tiene necesidad de un cierto número de instrumentos de radioscopia, de radiografía... que le permitan ver en un texto lo que tiene valor dogmático y señalarlo. A esa preocupación responde el libro que titulé *L'Erreur et son Juge*.

**P.** Libro muy fino de análisis y de una riqueza bibliográfica extraordinaria. Hay quien ha dicho —con razón, a mi entender— que es la historia de los errores, pero vista con serena objetividad, exquisita cortesía y con bisturí de oro. De oro teológico.

**R.** *Non est labor sine fatica...* Pero pienso que si tengo las fuerzas y el tiempo para continuar esta investigación retornando a los documentos y esencialmente... Será muy útil si yo hago otra edición. Por cierto, la apertura de los *Archivos Vaticanos del Santo Oficio de la Doctrina de la Fe...* Porque estoy persuadido de que es de todo punto preciso no exagerar todavía más la leyenda, según la cual los archivos del Santo Oficio son una especie de caja fuerte donde se guardan noticias que van a derrocar todos nuestros conocimientos. Esto es absolutamente falso. Sin embargo, noto con placer y con esperanza que han sido conservados cantidad de registros titulados *el jansenismo, material para los problemas doctrinales*. Por eso pienso que los próximos años nos vamos a dedicar sobre todo, si Dios quiere, a intentar llegar a estos archivos, a encontrar nuevos documentos. Nos espera mucho trabajo entre documentos, textos originales y, después, un trabajo intelectual más especulativo. Pero cómo encontrar textos que podrían esclarecernos sobre la manera en que la Sede Romana, en que la *Santa Inquisición Romana y Universal*, es decir, el Santo Oficio Romano ha afrontado este problema de la lectura de los textos heterodoxos, y cómo han llegado los jueces a hacerse idea: porque es muy difícil en este tipo de asuntos llegar a una objetivación invicta e indiscutible. Pongo ahora un ejemplo: el caso de Fénelon. Fénelon fue juzgado en Roma. El Papa en realidad le era favorable, porque Fénelon era un personaje verdaderamente muy santo, muy bien visto en Roma; pero, había consultores y calificadores que mantenían reservas acerca de cierto número de errores en su famoso libro *Las explicaciones de las máximas de los santos*. Es este libro el que se publicó y fue vehículo de ideas y fue leído y al que se hicieron observaciones. «Usted —parecían decir— puede enviarnos sus explicaciones, las que considere pertinentes y que serán muy interesantes, aunque nosotros ya nos encargaremos de no tenerlas en cuenta. Nosotros no las dejaremos entrar en nuestros *dossiers*, nos quedaremos en el texto tal como es, “prout jacet”». Naturalmente Fénelon quedó muy triste, porque él había esperado que con la lectura de sus justificaciones estos jueces dirían: «Ah. Ya. Ahora comprendemos por qué él ha dicho eso...». Pero

no. Las justificaciones no están..., los calificadores y los consultores concluyen dictando una condenación... y el Papa a su pesar, «nolens» más bien que «volens», firmó el Breve *Cum alias ad apostolatus* el 13 de marzo de 1699, en el que condena de una manera bastante suave, pero en fin, reprueba un cierto número de proposiciones que Fénelon había avanzado. Y Fénelon pacíficamente, siendo arzobispo de Cambrai, sube a la cátedra el domingo siguiente y dice a la multitud que está allí reunida: «el Santo Padre ha condenado mi libro, yo me someto de todo corazón, yo rechazo todos los errores que se contienen en ese libro, yo no tengo ninguna dificultad de conciencia y lo hago desde el fondo del corazón». Era perfectamente sincero. Pero al mismo tiempo, en la medida en que estas justificaciones que a sus ojos explicaban todo, no habían estado presentes —consideraciones, por lo demás, no condenadas— él no podía considerarse justamente comprendido: imposible, no pensar que la condenación recaía sobre otra cosa bien distinta y ajena a su propio y real pensamiento. En cierto sentido, el Santo Oficio le había hecho un servicio, porque, si ellos hubieran tomado en consideración las justificaciones, hubieran podido decir: «estas justificaciones no nos aclaran nada, las condenamos igualmente». Entonces su propio pensamiento, tal como logró explicarse, tal vez hubiera quedado condenado también.

**P.** Pero este proceso, «estilo corte de la Inquisición», es muy difícil: porque hace falta conocer cómo funciona el proceso inquisitorial, y son cosas que hay que estudiar muy bien.

**R.** Ya en la época, las gentes no sabían nada, porque la Inquisición nunca se propuso explicar bien a la pública opinión cómo era su proceder. Por eso no lo conocían más que las personas que estaban directamente incluidas en las prácticas del tribunal.

Pienso que hace falta revisar todas estas cuestiones muy sabiamente, sin apresurarse, sin apriorismos. Estoy seguro de que hay personas que dirán al leer mis trabajos —y yo estoy presto para aceptarlo— que, en efecto, yo hago una historia que podría considerarse apolögica en el sentido de la conclusión de mi análisis.

Hay que distinguir muy cuidadosamente entre un magisterio disciplinar y un magisterio doctrinal. Entre la esfera del «munus docendi» y la del «munus regendi» y sus respectivas y adecuadas jurisdicciones. Me acuerdo ahora del Cardenal Journet en ese estupendo libro, muy hermoso, que él ha escrito sobre los mensajes revelados: un libro muy profundo y que me ha inspirado mucho. ¡Qué importante es comprender y saber decir lo que es la sabiduría! El buen discernimiento. Cuando se trata de un magisterio disciplinar es evidente que la Iglesia obra en función de los tiempos y de las circunstancias; medidas que fueron adecuadas a un contexto histórico puede que hoy no correspondan ya a las nuevas situaciones. Sería preciso tener siempre claro lo esencial. Eso no es pedir mucho, porque pertenece al carisma —hablando con términos técnicos de la teología actual—, al carisma que acompaña a la Iglesia toda entera: tanto a los fieles, *sensus fidei fidelium*; como a los obispos reunidos en concilio o ejerciendo cada uno su autoridad en sus respectivas diócesis como jueces de la fe; como a las Congregaciones Romanas, que tienen la gracia particular de colaborar en íntima unión con el Romano Pontífice; o al Romano Pontífice en persona y por sí mismo, cuando él retoma y propone lo que el magisterio universal había ya anunciado. Un historiador católico no tiene necesidad alguna de hipostasiar al Pueblo de Dios en acu-

saciones tales como: *La Iglesia se ha equivocado*. En multitud de coloquios sobre el jansenismo —y en particular en Lovaina, en el coloquio más autorizado donde estaban todos los historiadores que iban hablando sucesivamente y los teólogos si los había, ante la presencia de muchos hombres de Iglesia— pude escuchar algunos que declaraban con la mayor tranquilidad cosas de este género: «bueno, en el siglo xvii la Iglesia se equivocó, se encasquilló en la controversia de las proposiciones jansenistas y, en lugar de dejar caer las cosas, persistió con insistencia adentrándose más y más en las dificultades hasta llegar a una situación imposible; los Papas estuvieron mal inspirados y su entorno también...». Este modo de hablar es inaceptable. No se puede pensar así.

El empleo de la palabra *herejía* es extremadamente delicado. Sabemos bien que esto suscita cantidad enorme de problemas históricos y doctrinales de la más grande complejidad. En lugar de herejías sería más prudente en multitud de ocasiones usar la palabra *error*, que tiene una acepción más amplia. La Iglesia tiene el deber, la vocación —que entra en su misión de custodiar e interpretar el depósito revelado y de discernir todo aquello que está unido con él— de distinguir de una manera sobrenatural los errores y de señalarlos. Pero es muy difícil para nuestros contemporáneos recibir estos juicios sin ejercer su talento crítico. Sin hacer pasar por la tela de su propio juicio la misma autoridad: pero esa autoridad es autoridad de ciencia y de poder. Naturalmente puede desagradar mucho a nuestros contemporáneos comprobar que un juicio de ciencia —una hipótesis más o menos aceptada— llega a ser estigmatizado o rechazado por una autoridad que se proclama capaz ella misma de enseñar, pero que —obviando la tarea de persuadir, tarea siempre larga y enojosa— rechaza y descalifica unas tesis prohibiéndolas en virtud del poder de jurisdicción y de gobierno. Sin duda debe admitirse que la prudencia pastoral puede exigir apostólicamente la obediencia a normas precisas dictadas por el buen gobierno: por ejemplo para defender la fe de los sencillos o para coerción de abusos doctrinales de otro modo incorregibles. Pero la verdad es que hoy en día hay gran dificultad en aceptar el aspecto jurídico. Y tengo la impresión de que en todas las discusiones —en torno, por ejemplo, a las determinaciones contenidas en el documento *Ad tuendam fidem*—, lo que produce rechazo no es el privilegio, el *carisma*, la gracia que la Iglesia tiene para discernir la herejía: es la proposición en forma de mandato. Creo que hoy hay mucha dificultad para obedecer: por tanto toda vez que se manda habrá que prepararse a afrontar muchas dificultades.

**P.** Ya hemos hablado de ello antes; pero al oírle hablar pienso, ¿no le parece urgente, muy urgente, que haya pronto levas de gente joven y estudiosa que se entregue al estudio serio de la Historia? No de la «historia-periodismo», sino de la «historia-historia», documentada, crítica, exhaustiva, convincente?

**R.** Las convicciones de cada uno son enormemente respetables, tanto la del historiador como las de los otros. Se da por admitido —y se repite hasta la saciedad— que la objetividad es imposible en historia. Por eso se piensa que todo debe ser consensuado; incluso la reconstrucción del pasado. Cada uno tiene su verdad. Creo yo que tal concepción —por difundida que esté— es de todo punto exagerada; y yo sería un mal alumno de *l'École des Chartes* si yo rechazase —no digo la objetividad, que es en efecto un mito—, esa honestidad muy grande que me impide tomar partido, que me prohíbe cooperar a la exaltación de tal o cual injusto actor del debate histórico. Esto es muy importante. Es de todo punto necesaria

la empatía, la simpatía profunda por el tema que se estudia; no se puede hablar válidamente de un tema, si uno no se interesa por él, si uno no se apasiona por él, si no hay amor. Esto es evidente. Y en Francia tenemos que estar muy atentos, desde hace ya mucho tiempo, en razón de las divisiones entre la Iglesia y la República. Por lo demás, compruebo que en España ha sucedido lo mismo con sus lógicas variantes. En Italia también, y ha habido un fuerte hiato —una división profunda— entre la cultura laica y civil y la cultura o la sensibilidad religiosa. En Francia ha sido muy difícil salvar ese foso. Y aquí me viene a la mente un libro, apasionante sin duda, de un gran especialista, a quien profeso franca simpatía, hombre ya de edad, pero muy competente, despierto, muy vivo, y que se llama Émile Poulat<sup>14</sup>. Émile Poulat ha publicado un libro destacable como todos los que él publica, marcado con el cuño de una gran competencia y de una gran penetración; el pequeño libro se titula *L'Université devant la Mystique*<sup>15</sup>, y en él muestra cómo el estudio de los místicos, en particular de vuestros grandes místicos, S. Juan de la Cruz, Santa Teresa de Avila (aunque no sólo) han sido estudiados por Bergson desde la Filosofía; por Jean Baruzi<sup>16</sup> desde la crítica filológico-histórica

---

14. Émile Poulat es Director de Estudios en *l'École Pratique des Hautes Études, Section de Sciences Sociales* y Director de Investigación en el *Centre National de Recherche Scientifique* (CNRS). Cofundador en 1954 del «*Groupe de sociologie des religions del CNRS*». Junto con Henri Desroche, François Isambert y Jacques Maître, también Poulat debe contarse entre aquellos discípulos de Le Bras, que emprendieron «des voies nouvelles», pasaron intensamente por el «progresismo cristiano» y se moderaron permaneciendo sin rebasar los justos términos. Cfr. E. POULAT, *Artisan de paix: Gabriel Le Bras*, en *Id.*, *Poussières de raison. Esquisses de météosociologie dans un monde au risque de l'homme*, Cerf, París 1988, 144-147. Cf. también entre otros títulos de E. POULAT, *Église contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel*, Casterman, París 1977. Cfr. et. E. POULAT, *L'amour du concret*, y también *La leçon de l'expérience*, en *Id.*, *L'Ere postchrétienne*, Flammarion, París 1994, 47-92, donde Poulat explica muy bien su relación con sus dos maestros —Le Bras y Meyerson— y el proceso de fundación del *Groupe de sociologie*.

15. E. POULAT, *L'Université devant la Mystique. Expérience du Dieu sans mode. Transcendance du Dieu d'Amour*, Éditions Salvator, París 1999.

16. Jean Baruzi, fue alumno de *l'École Normale Supérieure* y, enseguida, agregado de Filosofía. Su tesis doctoral fue: *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*. Loisy se fijó en esta tesis y eligió a su autor como suplente en su propia cátedra de 1926 a 1931 —años en que Loisy se separó temporalmente de la docencia—. Escribe E. Poulat con su gráfico e incisivo estilo: «Ellos eran cuatro —como los tres mosqueteros—, aunque realmente no tuvieran nada de mosquetero y, de hecho, perteneciesen a dos generaciones: Bergson, Loisy, Le Roy, Baruzi. Los cuatro se centraban en cuestiones de religión y de mística y fueron profesores en el *Collège de France*. Bergson (1859-1941) estaba ya en posesión de una cátedra de Filosofía griega y latina en 1900, y fue él uno de los grandes electores de Alfred Loisy (1857-1940) para la cátedra de Historia de las religiones. En 1921, Bergson tuvo como sucesor en su cátedra al filósofo y matemático Édouard Le Roy (1870-1954), amigo común —suyo y de Loisy—. A su vez, Baruzi (1881-1953) fue quien sucedió a Loisy, a quien el maestro había elegido ya antes como suplente». E. POULAT, *L'Université devant la Mystique*, cit. p. 13. No obstante, en opinión de Bergson, declarada a Jacques Chevalier, la interpretación de San Juan de la Cruz propia de Baruzi se quedaba «en la periferia de la crítica Sanjuanista». J. JIMÉNEZ LOZANO, en su excelente presentación titulada *Prólogo a la edición española* de Jean Baruzi, *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid 1991, 9, nota 1. Conviene notar la importancia de los intercambios —de erudición, de puntos de vista y de mutuos homenajes— dentro de

y con un criterio católico-liberal; cómo han sido estudiados también por otros universitarios, y cómo ellos han llegado a... —no han llegado realmente—, han intentado interpretar unas obras extraordinarias de admirable unidad interior, acceder al umbral de unas personalidades ricas en experiencia. Se han valido para ello de los métodos más exigentes de la crítica. Pues bien, mi tesis —de la cual desearía convencer a cuantos se dedican a la Historia de la Iglesia— es que hay que hacer Historia con gran seriedad, documentada. Sin documentos, sin textos, no hay historia que merezca crédito, que sea seria. En el mejor de los casos, el que se apoya en otros, y no lo hace por sí mismo, es un divulgador. Es muy importante manejar, buscar, tocar la documentación, descubrir y leer los textos. Esos análisis en profundidad de un pensamiento, de una sensibilidad, de una obra, como ha sido hecho, por ejemplo, por Baruzi en su enorme *Saint Jean de la Croix* en 1924, son, como mínimo, de gran calidad, incluso cuando hubiere otras interpretaciones probablemente más felices, más próximas; pero... ahí está la simpatía de que antes hablaba.

Simpatía sí, y al mismo tiempo distancia. Si se olvida la distancia, si no se entra en el interior de las cuestiones con la debida distancia, se escribe entonces una historia que puede perder su validez y su autenticidad a fuerza de haber querido entrar con demasiada simpleza en la médula y en el motor misterioso de lo que se movía como ser vivo. En estas cosas espirituales, que son con frecuencia tan personales, hace falta ser muy prudente.

La verdad es que nunca ha habido mejores oportunidades que hoy, cuando los últimos actores del modernismo y del antimodernismo han desaparecido; hay sacerdotes y obispos que han muerto en 1980, y que eran hombres conscientes, o incluso jóvenes sacerdotes en las dos primeras décadas del siglo XX: conocieron, por tanto, directamente todas esas experiencias. Los testigos han desaparecido, lo cual es lamentable para nosotros; pero al mismo tiempo se llega a una historia más objetiva, quizá más separada de un pasado difícil y conflictivo en el que era imposible pedir perdón. Así pues, visto el contorno de que

---

una red de amistades que interrelaciona las personalidades científico-literarias de la Francia de la primera mitad del siglo XX. Relaciones recíprocas que recuerdan las élites del Renacimiento europeo. Comenta Jiménez Lozano cómo Baruzi había tomado parte en el homenaje dedicado por la revista *Europa* —15 de mayo de 1927— a Alfred Loisy, juntamente con Roger Martin du Gard, De Saussure, Charles Guignebert y Prosper Alfaric. Nada menos. Pero no sólo por la distinción intelectual de todos ellos, sino por su significación racionalista. Y Baruzi y su obra... iban a quedar de algún modo hipotecados por este hecho de sus complicidades intelectuales y sus *amistades peligrosas*. Por otra parte el propio Jiménez Lozano advierte intencionadamente que «Jean Baruzi pertenece a la generación de los Etienne Gilson, Jacques Maritain, Louis Massignon y Pierre Teilhard de Chardin; y mantiene una viva amistad con Charles du Bos, Marcel Bataillon, Paul Desjardins, Gabriel Marcel, etc.» JIMÉNEZ LOZANO, o.c., 10). Fue precisamente Baruzi quien dirigió la tesis doctoral de Henri Gouhier: y en reciprocidad afectiva Henri Gouhier dedicó a los dos hermanos Joseph y Jean Baruzi su libro *Les conversions de Maine de Biran*. En fin, «concluida la batalla de su tesis y después de que se le atribuyó la cátedra de historia de las religiones, Jean Baruzi reencontró, a título privado, la conducta de un católico practicante, feligrés de Saint-Honoré-d'Eylan, donde su hermano y él fueron enterrados. Pero jamás, ni el sectarismo, ni el dogmatismo ni el clericalismo hicieron mella alguna sobre este áspero defensor de la libertad intelectual, en la simpatía misma con que entendía a los grandes genios religiosos». J.L. VIEILLARD-BARON en *Presentación a Jean BARUZI, L'Intelligence Mystique*, Paris 1985, 27, cit. por JIMÉNEZ LOZANO, *ibidem*.

yo formo parte, teniendo en cuenta la mentalidad de mis editores y de los investigadores que trabajan, no conmigo sino en torno a mí, y me ponen al corriente de sus propios trabajos, me siento obligado a ser enormemente acogedor y a dejarme inspirar del talento, de la empatía que conecta con los grandes principios que animan la Historia. Al mismo tiempo he de tener la distancia científica necesaria.

### La amistad

**P.** Hablando de simpatía, ¿considera usted importante la amistad? He leído recientemente páginas autobiográficas de Santa Edith Stein y he visto qué importante es para ella la relación humana para la misma búsqueda de la verdad.

**R.** No sólo en la filosofía. También en la historia. En este género de trabajo también es muy hermoso disfrutar de la simpatía de amigos vivos, porque esos no son, como hablábamos ayer a propósito de otra cosa, «maestros de papel»; hacen falta amigos *en chair et en os*, como decimos en francés —así es como nos referimos a la realidad corporal de la gente—. Me gusta tener cerca de mí personas con las que tengo amistad, de cuya comprensión disfruto. De éstos tengo un poco en todos los países del mundo tanto más que ya llevo en Oxford cuatro años regentando como Director nuestro *Institut Historique et Culturel*. Oxford es todavía hoy la Atenas de Inglaterra. He conocido allí hombres y mujeres de gran calidad, con los cuales continúo teniendo relaciones continuadas de amistad. Ahora volveré allí dentro de unos días. Pienso al ir allí, particularmente, en un hombre de Iglesia anglicano, de muy alta calidad como hombre y como sabio, que es el reverendo Doctor Henry Chadwick<sup>17</sup>, que ha publicado importantes trabajos sobre la historia de los primeros siglos de la Iglesia. También su hermano Owen<sup>18</sup> ha publicado sobre la Iglesia moderna. Porque son dos hermanos —tan

---

17. Henry Chadwick nació en 1920 y educado en el *Magdalene College* (Cambridge), alcanzó la condición de *Fellow* en el *Queens' College* (Cambridge) —donde enseñó por espacio de trece años—. En 1957 fue profesor visitante en la Universidad de Chicago. Desde 1959, *Regius Professor of Divinity* en Oxford. Desde 1969 ha sido Dean of Christ Church College (Oxford). (El mismo College donde residía Sebastian Flyte, personaje de la novela de Evelyn Waugh, *Retorno a Brideshead*). En 1990, la editorial Folio ha publicado de H. CHADWICK, el *Atlas of the Christian Church*, Equinox, Oxford 1988, bajo el título castellano *La Iglesia Cristiana*. Otros títulos, *Early christian thought and the classical tradition: studies in Justin, Clement, and Origen*, Oxford University Press, 1995. O el *Priscilian of Avila*, Oxford University Press 1976, traducido inmediatamente al castellano, *Prisciliano de Avila. Ocultismo y poderes carismáticos en la Iglesia primitiva*, Espasa-Calpe, Madrid 1978.

18. Owen Chadwick, de hecho, ha sido *Fellow of Trinity College*, Cambridge (1947-1956). *Master of Selwyn College*, Cambridge (1956). *Dixie Professor of Ecclesiastical History*, en Cambridge University. *Regius Professor of Modern History* (1968). Vice-Chancellor of Cambridge 1969-1971). En fin, *Honorarius D.D.* Nació el 20 de mayo de 1916 en Bromley, Kent; se educó en Tonbridge y en St. John College (Cambridge). En el campo de la investigación, ha puesto su principal atención en el campo de la historia de las ideas y en el desarrollo de la Iglesia en Inglaterra hasta la Reforma. Entre otros títulos suyos baste citar: *Catholicism and History. The opening of the Vatican Archives*, Cambridge University Press, Cambridge (etc.) 1978. *From Bossuet to Newman*, 2a. edición tras la primera de 1957, Cambridge (etc.) 1987. *A History of the Popes. 1830-1914*, Clarendon Press, Oxford 1998.

brillante el uno como el otro— y se reparten el terreno. El teólogo es Henry y el historiador —más próximo a nosotros— es Owen, que ha escrito en particular sobre la apertura de los Archivos Vaticanos y sobre el Vaticano y la guerra mundial. Yo he utilizado mucho los trabajos de Henry Chadwick, en particular yo he animado un coloquio celebrado en *l'École Française de Rome* sobre la noción de ortodoxia, noción muy difícil de identificar. Es evidente que los primeros siglos —cuando se trata de este tema de investigación— constituyen un objeto de sumo interés, puesto que las formas de magisterio no son exactamente las mismas que conocemos hoy. Es —insisto— muy interesante ver cómo durante el tercero, el cuarto o el quinto siglo se ha intentado regular estas cuestiones. Pienso con alegría volver a encontrar amigos católicos o anglicanos en Oxford, donde la vida religiosa continúa siendo muy fuerte. Es un lugar donde las preocupaciones espirituales son muy vivas. Tanto entre los católicos —que están muy despiertos— como entre los anglicanos o como entre los protestantes radicales. Si yo pudiera hablar de la reforma que existe, también sería apasionante. Así pues, hay continuamente reuniones, discusiones, colaboraciones conjuntas, encuentros abundantes: sin confusión, sino con el mayor respeto y simpatía por el interlocutor. Un ambiente incitante. Soy feliz cuando pienso en Oxford.

**P.** ¿Y los Estados Unidos?

**R.** Tengo también amigos en Estados Unidos, particularmente en la *Universidad Católica de América* de Washington, en Chicago, en Los Ángeles. También en Portugal, porque las circunstancias de investigación me han dispensado muchos amigos distinguidos, algunos de los cuales han hecho sus tesis conmigo, tesis muy interesantes. Sobre Macao, hace algunos años, hizo su tesis un brillante investigador que trabaja hoy junto al Presidente de la República de Portugal, como Consejero de Cultura. Amo mucho a Portugal. Presiento también que, a partir de ahora, España va también a ocupar un puesto privilegiado en mis afectos y eso será tanto más fácil cuanto mis lazos con esta Universidad se van anudando y estrechando. Tengo un excelente introductor en la persona de un buen amigo, Mgr Le Tourneau, eminente canonista, en quien aprecio mucho la claridad de espíritu y, por eso, yo le someto con frecuencia y pruebo su paciencia haciéndole leer determinado número de textos cuando conciernen a su especialidad.

**P.** ¿Y Roma?

**R.** Roma es la nostalgia: en la medida en que los años cambian y he visto pasar figuras importantes y de mucho atractivo. Recuerdo ahora al cardenal Tisserant, que era entonces decano del Sacro Colegio. En Roma tengo todavía hoy muchos amigos. Personas de diversas congregaciones religiosas, de diferentes institutos religiosos: yo disfruto ahora evocando su recuerdo y siempre encontrándolos de nuevo para nuevas investigaciones. Tenemos necesidad, de tiempo en tiempo, de encontrar personas con quienes hablar de nuestros trabajos, de nuestras investigaciones, para evitar el aislamiento, la tremenda tentación de la soledad.

**P.** Díganos algo de sus alumnos...

**R.** ¡Ah, los alumnos! Yo no puedo hablar de alumnos propiamente, porque el sistema de enseñanza que seguimos es muy particular y no nos permite sentirnos maestro de tal

*Conversación en Pamplona con Bruno Neveu*

y de tal persona. Pero, si se trata de valorar el influjo, yo percibo en las tesis de los últimos años un acuerdo importante de sus resultados con mis concepciones y mis trabajos, de suerte que no sé verlos, sino como logros que prolongan mi propia labor. Luego, veo con honda satisfacción que ellos vuelan solos, que trabajan con su propio motor, que son responsables de su propia investigación. Compruebo mis métodos bien usados. Eso estimula mi esperanza. Es como si comprobara que algo se ha aportado al quehacer vivo, a la corriente de progreso científico, no sólo con las páginas escritas, sino con las horas de trabajo conjunto. Modos de sentir y de hacer la investigación que una hora fueron exclusivamente míos y luego son compartidos con otros que avanzan hacia el futuro ... Y pienso que, si eso es así, yo sobreviviré un poco...

Enrique de la Lama  
Instituto de Historia de la Iglesia  
Edificio de Facultades Eclesiásticas  
Universidad de Navarra  
E-31080 Pamplona  
elama@unav.es